

Recibido el 21 de enero de 2015// Aceptado el 11 de abril de 2015

---

**UN MANUSCRITO FRANCISCANO, INÉDITO:  
LA *CRÓNICA* DEL CONVENTO DESCALZO  
DE SAN DIEGO DE CARTAGENA**

FRANCISCO HENARES DÍAZ  
Instituto Teológico de Murcia OFM

*Resumen/Summary*

Los temas principales que trata el estudio son: Breve recorrido por las crónicas locales conventuales, en especial de los frailes descalzos, y cómo se conservó la de Cartagena. El manuscrito de San Diego. Su estructura y contenido. En las conclusiones resalta su interés para la Historia Franciscana, en especial para los Franciscanos Descalzos, para la ciudad de Cartagena, donde se reseñan muchos acontecimientos locales, que enseguida se observará que son nacionales o internacionales, dada su resonancia: figuras militares, las guerras en el Norte de África, con Inglaterra, la de Secesión. También se destacan las enfermedades, pes-tes, etc., y la historia de la demografía de la muerte en la Capital Marítima del Mediterráneo español.

*Palabras clave:* Historia Franciscana, Convento de San Diego de Cartagena, Cartagena.

*An Unpublished Franciscan Manuscript. The Chronicle of the Convent of San Diego (Cartagena).*

The main topics covered in the study are: A brief survey of the local conventual chronicles, especially the discalced friars, and how they are preserved in the Cartagena. It also studies the manuscript of San Diego, its structure and content. The conclusion highlight its interest on the Franciscan history, especially that of the Discalced Franciscans, for the city of Cartagena, where many local events are documented, that one will quickly notice that they are national or international events by its resonance: military figures, wars in North Africa, in England, and the Secession. It also highlights the diseases, pests, etc., and history of the demography of death in the Maritime Capital of the Spanish Mediterranean.

*Keywords:* History Franciscan, Convent of San Diego de Cartagena, Cartagena.

Los puntos principales que trataremos aquí son estos: 1.- Breve recorrido por las crónicas locales conventuales, en especial de los frailes descalzos, y cómo se conservó la de Cartagena. 2.- El manuscrito de San Diego. Su estructura y contenido. 3.- Conclusiones. Interés religioso, historiográfico, social, y local de esta crónica.

### 1.- LA CRÓNICA LOCAL EN LOS CONVENTOS FRANCISCANOS

Conviene recordar, de entrada, que el convento descalzo de Cartagena no perteneció nunca a la Custodia de San Pascual Bailón, como era de esperar por estar situado en el Reino de Murcia. Lo que más bien parece una alcaldada de la Provincia valenciana de S. Juan Bautista, a la hora del reparto (en el siglo XVIII). Y cuando llegó la división, y reparto de nuevo, con la Provincia de Granada y Murcia (también en el XVIII), cedió la valenciana a Murcia capital a regañadientes y no sin enconos, y encima no cedió el convento de Cartagena hasta más tarde. Le costaba lo suyo a la valenciana ceder, a pesar de ser ancha su geografía y hasta su demografía franciscana. Por eso, es discutible lo dicho por F. Víctor Sánchez, a saber, que se hizo el reparto de la Custodia y «no hubo lugar a extremos de tirantez, ni existieron notas discordantes»<sup>1</sup>. Quizás se taparon (de momento). He ahí los conventos de Cartagena y Murcia, muy importantes ambos, para comprobar panoramas distintos. Como siempre, tiraba más de la cuerda el más fuerte. En definitiva, en esta Crónica comprobaremos cómo Cartagena comienza dentro de la Provincia valenciana, y en el siglo XVIII se incorpora a la de Granada y Murcia.

Dicho esto, preguntemos lo que ahora más nos importa: ¿cuándo empezaron a escribirse estas crónicas locales? Sin duda, debió ser en la Edad Moderna, pero desgraciadamente disponemos de pocas crónicas. Entre las varias razones consabidas para llorar tal pérdida (guerras antiguas, rapiñas, invasiones extranjeras, guerra incivil del 1936-1939, incuria de los tiempos) se suma también la de ser, en mayoría manuscritas, a diferencia de la Provinciales, que solían publicarse más tarde o más temprano, pero bastantes veces veían la luz. Entre los fondos archivísticos guardados de la Custodia de S. Pascual Bailón (sitos ahora en el Archivo Franciscano de Murcia)

<sup>1</sup> Véase F. VÍCTOR SÁNCHEZ GIL, «Inventario de los Archivos de la Custodia descalza de S. Pascual Bailón del Reino de Murcia. (Siglo XVIII)», en *Archivo Ibero-Americano* (en adelante *AIA*) 35 (1975) 314.

han aparecido los *Inventarios*, que ofrecen documentación local útil. Los ha publicado con acierto y acopio de búsqueda el P. F. Víctor Sánchez<sup>2</sup>. Las junturas de estos textos con la crónica conventual son obvias. Esos *Inventarios* se iban presentando en los Capítulos Provinciales, y después se guardaban en la Curia Provincial. Por eso, la crónica de S. Diego expresa con frecuencia: «como se verá en el *Inventario*...». Sin embargo, un *Inventario* no es una crónica. Hasta cierto punto, la crónica es un género narrativo *sui generis*, y aunque se mantienen unos caminos fijos para escribirlas, también difieren unas crónicas de otras. Acontece igual en las mismas Crónicas Provinciales, puesto que unas desatan más la hagiografía y otras la comprimen, o unas dan espacio a la polémica, y otras la rehúyen (por citar dos ejemplos de estructuras).

A su vez, nos vendría de perlas una pequeña investigación (de la que ahora no tenemos tiempo) acerca de en qué años empiezan a ser obligatorias esas crónicas locales franciscanas.<sup>3</sup> De todos modos, ayuda saber un caso entre muchos: el Ms de Fray Francisco de Arce, *Descripción de la Provincia de Burgos* (de 1583) describe los conventos, y es sabido que el P. Gonzaga se sirvió de ese cronista, en especial acerca del convento de San Esteban de los Olmos. Y el gran Lucas Wadding hacía lo propio.<sup>4</sup> Lo cual quiere decir que dentro de cada convento existía ya una recolección de datos más o menos estructurada. Alguna vez, empero, una de esas crónicas conoce más

<sup>2</sup> «La relación del contenido de los *Inventarios* no sigue un orden cronológico. El copista se limitó simplemente a dejar constancia de lo que había en los archivos de cada convento, sin un orden especial», véase SÁNCHEZ GIL, *Inventario*, 325-326; véase también BENJAMÍN AGULLÓ, «Libro de los Inventarios de la Provincia descalza de San Juan Bautista de Valencia», en *AIA* 56 (1996) 3-89. Recógese ahí la obra de Fray Felipe Ferriol que narra desde 1562 hasta 1651. El P. F. Víctor Sánchez Gil aporta que en la segunda mitad del siglo XVIII se hallaba bastante material documental correspondiente a los nueve archivos de los nueve conventos de la Custodia de S. Pascual: «Documentación archivística hoy casi completamente desaparecida tras los sucesivos expolios», véase del mismo «Los franciscanos en la Región Murciana: Custodia de descalzos de S. Pascual y serie de sus Custodios», en *AIA* 37 (1977) 491. Habría más de una crónica entre los nueve conventos. Suponemos.

<sup>3</sup> Mi hermano de hábito Pedro Riquelme me acerca esta notificación: en 1726 se da una normativa para que en los conventos haya un archivo en el que se anoten los sucesos personales de los religiosos de los conventos. Después reina el silencio, pero en 1932 se renueva esta normativa.

<sup>4</sup> Cf. R. SANZ VALDIVIESO, «Crónicas franciscanas españolas (bibliografía) hasta el siglo XIX», en M<sup>a</sup> DEL MAR GRAÑA (dir.), *El franciscanismo en la Península Ibérica. Balance y perspectivas*. Ed. Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos, Barcelona 2005, 51-52.

publicidad.<sup>5</sup> Nuestro manuscrito (en adelante *Ms*) de San Diego, en general, es obra de lo que cada Guardián apunta y resume para presentar al correspondiente Capítulo Provincial. Los Capítulos son trienales, y entre tanto, existe una *Congregación Intermedia*. Los nombramientos de Guardián, salvo casos de excepción, ocurren tras los Capítulos dichos. El modo de llevar la Crónica es histórico. Cronológico, ya que va colocando Guardián por Guardián, y hasta los numera en cada inicio, conforme corren los años de la Edad Moderna. Dan las páginas la impresión de que un Guardián es el *factotum* de un convento en aquella mentalidad. De él se depende para casi todo, como si todo le tocara a él.

Finalmente, añadamos que este *Ms* de S. Diego ha tenido, como mínimo el recorrido siguiente hasta llegar a nuestras manos. De los quiebro de la Desamortización debió arribar al Ayuntamiento cartagenero. Allí, por los años 1910-1940 era Cronista de la ciudad Federico Casal, y es claro que él conocía bien el *Ms.*, y se advierte también en obras suyas.<sup>6</sup> Cuando murió, se lo entregó a E. Cañabate, quien fue luego Cronista de la ciudad, ya en la postguerra<sup>7</sup>. Y al fallecer éste, su familia siguió conservando el *Ms*. En 1991 se proyectó, y se publicó (por la Asamblea de la Región de Murcia), el estudio de las procesiones de Cartagena. Fuimos convocados un grupo de investigadores. Entonces, yo le pedí a la viuda de Cañabate que me dejara fotocopiar el *Ms*. Y así se hizo.<sup>8</sup>

## 2.- EL MANUSCRITO. SU CONTENIDO-RESUMEN. SIGLO XVII.

San Diego de Cartagena se funda en 1606, no sin mediar antes grande oposición, sobre todo por parte de los Observantes franciscanos de la ciu-

<sup>5</sup> Cf. D. INCHAURBE, *Historia de los conventos de Santa Clara de la Laguna y de San Pedro Apóstol y San Cristóbal, de Garachico*, Sevilla 1943, [pp....?]

<sup>6</sup> Cf. F. CASAL, *Historia de las Calles*, Cartagena, 1930; ID., *Historia de la ciudad reinando Felipe III*, Cartagena 1932; ID., *Cartas dirigidas por el Ayuntamiento de Cartagena al Rey, Consejeros, Autoridades, Abogados, Agentes, Comunidades, Cciudades, etc. Desde el año 1603 al 1616*, Cartagena 1913.

<sup>7</sup> Publicó diversos trabajos, entre ellos una *Historia de Cartagena*, Cartagena 1971.

<sup>8</sup> En tiempo posterior, en la primera década del siglo XXI, la *Asociación de Amigos del Archivo*, que yo presido, conectamos con la hija de Cañabate, y ella y su hermano donaron generosamente para el archivo municipal ese *Ms* y otros documentos antiguos de valía. Desde aquí agradezco a la hija de Cañabate el trato elegante y afectuoso que siempre me ha deparado.

dad, cuyo convento, desde hacía décadas, ocupaba la actual Plaza de San Francisco. Al fin, valiéndose de altas figuras de la política, del Comercio, de la Armada, y obviamente del deseo de los fieles, fundan los descalzos extramuros, en lo que todavía se llama *Barrio de San Diego*. Hoy lugar céntrico de la ciudad. Pero entonces la ubicación venía marcada por la proximidad a una de las puertas de la ciudad (*Puerta de San Ginés*, actual Plaza Bastarache) que da salida hacia La Unión y Alicante, por un lado; y a la vez, a lo que se llamó después el Paseo de las Delicias, que se encamina hacia el *Barrio de Santa Lucía*, y una parte del puerto. A la hora de la fundación eran terrenos casi deshabitados (si exceptuamos la ermita de San José), pero situados en alto, frente al mar. Lo que le daba interés estratégico para la defensa de la plaza, como alguna vez se argumentó según la poliortécica entonces necesaria. El manuscrito comienza bajo este título: “En el nombre del Señor comienza la fundación de este convento de San Diego de Cartagena escrita por nuestro hermano fray Bartolomé Pacheco, Predicador y Guardián de dicho convento. Año 1636”<sup>9</sup>. Por tanto, cogimos que la crónica comenzó a reunir datos desde 1635, primer año de su Guardianía, pero contaba ya con más datos anteriores. Como era de esperar, el cronista, relata esos 30 primeros años que median, y explicita vicisitudes de la fundación, a saber, la ayuda del obispo de Cartagena, Alonso Coloma, el permiso del Ministro General franciscano, Arcángelo de Mesina. Y naturalmente, las ayudas de Salvador Paredes, platero y de otros genoveses, punto esencial en este entramado. La posesión del convento se dio en noviembre de 1606. El Provincial nombró por Presidente a Fray Cristóbal de Segura, que entonces era Maestro de Novicios en el convento de la ciudad de Murcia. Dio amparo a tal posesión Baltasar Jaén de Ocampo, Alcalde mayor de la ciudad. A ella - añade el cronista- “ayudaron también Diego Bienbigud Rosique y Don Nicolás, su hijo, Regidores de esta ciudad. Todo lo cual consta de las escrituras que sobre ello se hicieron, cuyos traslados autorizados están al principio de este libro”. Y nos acerca el *Ms* esta noticia: «Poco estuvieron los religiosos en esta casa, que luego se pasaron por más comodidad a la ermita de San José donde estuvieron lo que duró la obra del convento dicho».

Puntualizando noticias de 1606 a 1636, el cronista comunica que el primer Presidente que tuvo el convento fue Andrés López, predicador, natural de la Puebla de Don Fadrique, fraile «de buenas prendas y mucha virtud». Explica que Cristóbal de Segura, citado antes, fue nombrado solo para tomar la posesión y que luego se volvió a su noviciado de Murcia. Por su parte,

---

<sup>9</sup> Adaptamos al lenguaje actual los textos del *Ms*.

Andrés López ejerció de Presidente hasta que le nombraron Guardián del convento. Se nos anuncia que el Provincial Pedro de Siena el 29 de abril de 1607 designó para el convento a Fr. Juan Giménez, Antonio Albero y Jerónimo Planes. Y por lo mismo se da cuenta de la importancia del genovés F. Planes, regidor, en la solemne procesión que tuvo lugar. Se puso la primera piedra, asistiendo don Ginés Rosique, Vicario de la parroquia de la ciudad (tenía una sola parroquia Cartagena, y así duró hasta tiempos largos después incomprensiblemente). El cronista añade que los devotos ofrecieron limosnas para la obra del convento, y cita especialmente a algunas personas: el citado Alcalde (200 ducados), Francisco Digueri, regidor (100), Juan de Mendieta, regidor dio para el sitio de la huerta, 140 ducados y 200 reales; Gregorio de Monleón dio 250 reales. Esta recopilación económica nos deja ver algo ya sabido de la época: que es la aristocracia, y la alta burguesía la que crea los conventos para las ciudades, debido a múltiples razones religiosas y extra religiosas.<sup>10</sup> Por eso contabiliza, resumidamente, que el año 1608 «pidió el convento limosna a la ciudad, y ésta libró 1.500 ducados y se cobraron»<sup>11</sup>. En agosto de 1609, tras la venida del Comisario Visitador, se había instituido Guardián a Andrés López, predicador, siendo Provincial el P. Pedro de Sena. Pero ese mismo año, el 20 de agosto, se tuvo Capítulo en Valencia, y salió Provincial el P. Jerónimo Planes, y por Guardián de Cartagena el mismo A. López. De éste se dice que trabajó tan *valientemente* que «casi hizo todo el convento, o la mayor parte de él, tanto que el mismo año de 1609 se pasaron al convento nuevo dejando la ermita (de San José)

<sup>10</sup> Cf. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*. Ed. Istmo, Madrid 1973; J. A. MARAVAL, *Poder, honor y élite en el siglo XVII*. Madrid 1979. Sabido es cuántos bienes de la aristocracia y la alta burguesía se destinaron a fábricas y fundaciones de conventos, capillas y altares donde sepultarse. De las intenciones de todo ello, sin embargo, existe una punzante literatura de la época. Por ejemplo, Alejo Venegas en *Agonía del tránsito del muerte* trae algunas de estas tentaciones que acechan a los poderosos: «Allí (en el Juicio) se juzgarán las primas y las completas con qué intención se dijeron (...) Allí se verán las limosnas, si se dieron con título de caridad o por sonete de magnificencia y liberalidad (...) Allí se verá la fábrica de hospitales, si nació del socorro de pobres o de haberlos hecho primero»; la cita en J. CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Madrid 1985, 328.

<sup>11</sup> Cf. V. MONTJOJO, *El Siglo de Oro en Cartagena (1480-1640)* [lugar y año ?], 252-264. Sobre los genoveses, véase el parágrafo «Crecimiento (1560-1630) y contratación (1630-1660) en efectivos, procedencias y actividades. Predominio de los genoveses». Dice Montjojo, p. 254: «Los genoveses constituyen el grupo más importante, tanto por su número, como por sus actividades, al igual que sucede en otras muchas ciudades mediterráneas o atlánticas». Véase también E. GRENDI, *La repubblica aristocratica dei genovesi: politica, carità, e comercio fra Cinque e Seicento*. Il Mulino, Bolonia 1987.

donde estaban» (fol. 10).<sup>12</sup> El año siguiente, otra vez el Convento pidió limosna a la ciudad, y se le otorgó 400 ducados. El cronista dedica enseguida unos folios a contar «cosas notables que sucedieron en la fundación del convento», como si tuviera prisa para ello. Lo primero se refiere a lo más urgente: revisar qué pozos hubiera para higiene y sustento y huerta. No se hallaba agua, por cierto. Por igual interesaba la piedra para construcción del convento. Dirigiéndose detrás de la ermita, y tras un muro, un buen viejo de la ciudad indicó que cavaran en ese sitio. El viejo la había descubierto hacía más de treinta años, pero se había prometido no decirlo si no era para una obra buena como esta. Da el cronista apuntes de la excavación (hoy sitio famoso arqueológico), puesto que cavaron en sitio «al parecer de una fuente», dice. Lo seguro es que se sacó piedra «para todos los cimientos de la Casa e iglesia. Con ella se levantaron gran parte de las paredes. Porque eran unos grandes sillares de piedras que fue necesario partirlas para poderse valer (...) y algunas dejaron enteras por ser particulares como hoy se ven puestas en la obra del convento». De inmediato, se notifica que en 1612 (27 de diciembre) se celebró Capítulo Provincial en Valencia y acabó su Provincialato Jerónimo Planes, y en su lugar fue electo el célebre Antonio Sobrino<sup>13</sup>. A su vez, llegó como Guardián a Cartagena el antiguo provincial, Pedro de Sena, *padre de la Provincia*, pero viniendo de camino a tomar posesión, enfermó en Elche, y murió (en 1613) en el convento de San José de esa ciudad. Fue nombrado entonces el exprovincial Jerónimo Planes como

<sup>12</sup> La numeración de las páginas ofrece dificultades en la fotocopia que manejamos. Hacemos nuestra numeración personal.

<sup>13</sup> Maestro de novicios, Guardián y Provincial, murió en olor de santidad (1624). Predicador Real, mantuvo una fuerte amistad con el rey Felipe III. Polemista a favor de la Inmaculada. Objeto de duras persecuciones. Entre sus obras de predicación y espirituales, destaca su libro *Vida espiritual y perfección cristiana*. Valencia 1612. En la Biblioteca Nacional de Madrid, sign. 2/50497, se halla su manuscrito titulado *Prefacio y prólogo de la secta y error de los espirituales ociosos*; los combatió con denuedo, cf. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Antología de la Literatura Espiritual Española*, Madrid, FUE, 1985, t. IV, 254-255. Sobre la obra mentada de 1612, véase el estudio de DONALD H. MARSHALL, «Un capítulo olvidado de la historia literaria del siglo XVII: la “Vida espiritual” del P. Antonio Sobrino, OFM», en *AIA* 18 (1958) 395-416; actualización biobibliográfica posterior en F. V. SÁNCHEZ GIL, «Sobrino, Antonio», en Q. ALDEA-T. MARÍN-J. VIVES (dir.) *Diccionario de Historia Eclesiástica de España. Suplemento*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 685-86; M. ACEBAL LUJÁN, «Sobrino (Antonio), frère mineur, 1554-1622», en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 14, París 1990, col. 976-78. Y en fin, trata de Sobrino ampliamente el cronista A. PANES en su *Crónica de la Provincia. descalza de S. Juan Bautista de Valencia*, I, Valencia 1665, pp. 676-830;

Guardián<sup>14</sup>. A la vez, habla la crónica de la amistad y devoción para con el convento del Príncipe Filiberto de Saboya, marino ilustre. «Dio su Alteza muchas y grandes limosnas», a este convento de descalzos. El cronista no se guarda nada para sus adentros. Por ejemplo, apenas llega Planes, se acerca al convento Tomás Digueri, el rico genovés y «singular devoto», y como si viera la mala cara de Planes por aceptar este guardianato (suponemos que no le hizo mucha gracia, a causa de las obras que se avecinaban), le espeta que no se preocupe por la obra y que «no le diese cuidado que acabaría el convento a su costa». Se nos citan a renglón seguido las obras: las bóvedas, y cubiertas de la iglesia, la torre, el noviciado, el claustro, la cisterna de la huerta; se compró la madera para el retablo mayor, se hicieron los dos colaterales, y concertó con Salutrio, el pintor, que los pintase en mil reales. «Al fin, el dicho presidente nuestro hermano Jerónimo Planes se dio buena prisa en la fábrica del convento, que con mucha brevedad acabó la iglesia y trasladó a ella el Santísimo Sacramento de la iglesia pequeña que hasta entonces había servido». Dada la solemnidad que solía darse a ese traslado del Santísimo en las fundaciones habidas (y la procesión y fiesta que solía montarse), no extraña que asistiera a ésta el mentado Príncipe Filiberto. Habla el cronista de la gente del estado y cámara del Príncipe, y de la ciudad entera. Su Alteza ya había mandado que alrededor del convento por donde había de ir la procesión, estuviesen Compañías de Mosqueteros, «que disparando a su tiempo ayudaron mucho a la grandeza y aplauso con que se solemnizó esta fiesta que fue de gran gusto para la ciudad y todos sus vecinos y para el convento y sus religiosos». El Príncipe no sólo gastó en esto, sino que mandó que cada semana se dieran 50 reales al convento, y en la Pascua de Reyes, 200 ducados con destino a mantas, y a ropa para la enfermería. No fueron baladíes las limosnas entregadas por los capitanes de la Armada. Curiosamente, el cronista cuenta ahí algún hecho y anécdota, que alguien (él mismo u otro después) ha tachado, bien porque no sea veraz, o porque lo crea inoportuno. Se destaca a la par a don Bartolomé Bermúdez de Cas-

<sup>14</sup> De origen mallorquín, perteneció a la Provincia de S. Juan Bta. de Valencia. El 22 de febrero de 1622 Gregorio XV lo nombró Vicario General de los descalzos de España, y por la bula *Ut ea quae* (4.4.1623) ratificó las concesiones hechas a los descalzos. La bula la publicó A. CHIAPPINI en *Annales Minorum continuati*, t. XXV, Quaracchi 1933 [faltan las pp.]. Planes murió en 1635 en la cartuja de Nazaret (Mallorca). Se había retirado allí en 1623. Se dice que no quiso admitir ningún nombramiento episcopal. Fue autor de algunos sermones que se conservan publicados, y un *Tratado de examinar verdades y falsas revelaciones y raptos*, dividido en cuatro libros, Valencia, 1623, 1634, cf. A. TEETAERT, «Planes, Jérôme», en *Dictionnaire de Theologie Catholique*, t. 12, París 1935, pp.....? faltan.



tro con la donación de tres mil reales, que se destinaron a libros. También su Alteza dio ayudas para la librería. Y por igual para el cáliz dorado y la custodia. Se realza también el afecto y devoción que el Príncipe tenía a fray Jerónimo Planes, «Custodio de la Provincia y Presidente de este convento». Puesto que el cronista decide escribir esta historia local a partir de los guardianes habidos, ahora nos presenta al tercero. Año de 1614, en el que se tuvo la Congregación intermedia, y fue electo como Guardián Jerónimo Planes. Recuérdese que éste había ejercido como Presidente, merced a la muerte de Pedro de Sena, fallecido antes de tomar posesión del cargo. Muy interesante de cara a la religiosidad popular y la pastoral de la época y hasta del urbanismo, es lo que se narra, con detalle, en esta guardianía. Hablamos del Vía Crucis, sito en las faldas del Monte Calvario, más allá del Barrio Santa Lucía. El principio sucedió así:

Fue a predicar el P. Planes a la ermita de Sta. Lucía en el día de la fiesta de 1615.

«Y vio que habían puesto tres cruces donde está ahora el Calvario, y dijo al mayordomo de dicha ermita llamado Manzanares que sería bien hacer el Vía Crucis que se terminase en el Calvario, comenzando desde el compás de este convento. Vino bien en ello. Y cosa notable que midiendo los pasos y pies geométricos se halló haber la misma distancia que tiene el Vía Crucis, sin faltar ni sobrar nada, cosa que causó admiración a los que lo midieron. Moviéronse con esto algunas personas devotas de la ciudad y se repartieron los pasos y ermitas para obrarlas. La mujer de Pujares dio para la primera ermita, que está a la puerta del compás, a la mano derecha como salimos. La 2ª la hizo Diego de Bienbingud Rosique. Y el Cristo que está en ella lo dio Delio Cortés Romano. La 3ª la hizo la mujer de Puerta. La 4ª Don Juan Bienbingud. La 5ª los Congregantes de la iglesia mayor, y para hacerla se echaron suertes, porque ellos deseaban hacer la ermita del paso donde desnudaron a Cristo Nuestro Señor, cerca del Calvario, y nuestro hermano Planes deseaba hiciesen la quinta por ser la que toma más dificultad, por haberse de llenar un gran hoyo y ensanchar el camino, y siendo muchos lo harían con facilidad. Y echando suertes sobre ello les cayó la quinta que era lo que deseaba nuestro hermano Planes. La 6ª la hizo Ginés Ruiz. La 7ª los pescadores. La 8ª quedó a cuenta de la pobre gente. La 9ª era de los tenderos. La 10ª de Beta. La 11ª de los hermanos de la Tercera

orden. El Calvario lo hicieron los Cofrades del Rosario, a cuyo cargo está el hacer la procesión y entierro de nuestro Sr. Jesucristo el Viernes. El Sepulcro lo hizo Juan Navarro, ermitaño de la dicha ermita de Santa Lucía, varón de notable simplicidad, bondad y verdad. Halló allí cerca una balsica y concavidad acomodada para el Sepulcro, y midiendo desde el Calvario los pasos se hallaron justos. Hízola de las limosnas que allegaba y de las que se había de vestir andando casi desnudo por gastarlo en tan pía obra, tanto que nuestro hermano Planes le hubo de dar un hábito para que se abrigase un invierno. La devoción del Vía Crucis perseveró algunos años y se hacía el entierro con gran solemnidad y se predicaba en el Calvario, y acudía toda la ciudad. Ahora ya están las ermitas casi todas caídas, que el lebeche lo destruye todo. Y las cosas de devoción siempre van a menos. Hácese el descendimiento de la cruz y entierro en el convento de nuestro Padre Santo Domingo por los dichos cofrades del Rosario. Dios les dé perseverancia»<sup>15</sup>.

En el año de 1615 (31 de diciembre) se tuvo en Gandía Capítulo Provincial, presente el Ministro General, quien fue después obispo de Cartagena, Antonio Trejo. Continuó Planes como Guardián. Dice el cronista: «trabajó mucho en la obra espiritual de las almas, predicando muchos sermones y haciendo pláticas, y en la obra de este convento perfeccionándolo, que es uno de los más bien acabados que tiene esta Provincia». Es lacónico, en cambio, y distante con el 4º Guardián, Juan Rodríguez, portugués. Expresa (una de cal y otra de arena): «Religioso de mucha prudencia y virtud. Estuvo poco en este convento, y así hizo poco o nada»<sup>16</sup>. El quinto guardián (año 1618), fue elegido (en San Juan de la Ribera, de Valencia). Se llamaba Antonio Ferrer, predicador, natural de Valencia, Lector de Teología. Tras la Congregación (1620) continuó en el cargo. Se dice de él:

<sup>15</sup> Cf. F. HENARES DÍAZ, «Pasión, cruz y Resurrección en la Semana Santa cartagenera», en C. FERRÁNDIZ - A. GARCÍA BRAVO (COORDS.) *Cofradías pasionarias de Cartagena [lugar y año]* 593-732; ID., «El Vía Crucis como itinerario hacia Dios en la dramaturgia de los franciscanos», en *Charthaginensia* 22 (2007) 99-122; ID., *Vía Crucis y Calvarios en el antiguo Reino de Murcia*. Ed. Cuadernos sobre religiosidad y santuarios murcianos, N° 58, Murcia 2008.

<sup>16</sup> Algún día habrá que pararse ante la *soltura*, cuando no ese *irse de la lengua* de bastantes escritos de los descalzos. Sobre todo en sus crónicas publicadas, y más si entran en polémica con la Observancia que pone pegas a sus fundaciones.

“Ocupose en la espiritual edificación de las almas por ser grande el celo que tiene del bien de ellas en el confesonario y púlpito”.<sup>17</sup> Del sexto Guardián suelta otro latigazo. Salió nombrado Francisco Calamina, predicador. Y dice que “no se ocupó en su oficio”. Del séptimo sabemos que la Congregación se tuvo en Cartagena, y Salió Guardián Miguel Yvanco, predicador. “Ocupose en leer artes y reparó un pedazo de pared de la huerta que se cayó”.

En el año de 1626, la figura de Lucas de San Francisco (o de la Tobilla) sube el nivel de prestigio, y hasta se evidencia por el espacio que le dedica el cronista. Ya había sido Fray Lucas morador del convento años atrás (o al menos había firmado como testigo en pagos de bienhechores, según hemos descubierto en un legajo). Era natural de Valencia, y fue escritor y predicador. «Religioso de muy buenas prendas – se nos dice- y singular devoto de la Virgen María». Lo demostró publicando una obra cordial sobre la Virgen titulada «Joyel de la Madre de Dios». De lo hecho en obras del convento, se nos recuerda que se doraron los dos retablos colaterales, se dio color a la reja de la capilla mayor. También puso las rejas de hierro en las ventanas grandes de los dormitorios para mayor fortaleza de este convento, «que por estar extramuros les pareció a algunos que viniendo enemigos se pudieran hacer fuertes y defenderse en él para ofender la ciudad». Se alude con esto a la intención del Marqués de los Vélez, quien como Adelantado que era de la ciudad envió un mapa a su Majestad y Consejo de Guerra, precisamente porque el convento estaba en un montecillo. Se pensaba que lo mejor era demolerlo para no dar facilidad al enemigo. El mapa se guardó en el archivo durante tiempo, y no sabemos si se hallará hoy en algún lugar. De esta misma guardianía sabemos, sin embargo (en 29 agosto 1628) de don García de Toledo, Marqués de Villafranca y Duque de Fernandina, General de las Galeras de España. En llegando a este puerto con las galeras, tomó contacto con los descalzos y estuvo con el Guardián, con la comunidad y novicios. Se interesó mucho por la obra y la traza del convento. Dio cien ducados de plata (en dos veces) para el sustento de los religiosos, y ofreció que cuando volviera otra vez, daría más. Los novicios le pidieron que no se ahorcase a

---

<sup>17</sup> Se trata, por tanto, de uno de los cientos de predicadores franciscanos españoles del Siglo de Oro, de quienes sólo por las crónicas guardamos referencias. En general, hablamos aquí de predicadores no de Corte y campanillas. Le he dedicado un capítulo a ellos, y es mínima parte la recogida en crónicas, de mi tesis doctoral (en prensa) acerca de predicadores de tal época.

un hombre que al día siguiente había de ajusticiarse. Y lo concedió. Cosa que a todos sus soldados pareció un milagro. El 4 de diciembre de 1628 volvió a este puerto, y vino luego a ver a los religiosos. A su costa se hizo la fiesta de la Purísima Concepción con grande ostentación y músicas. Comió en el refectorio, no quiso sitio de precedencia en la mesa, ni servicio de su casa, ni plata en cubiertos. Y antes de partir dio ciento cincuenta ducados de limosna, y «fue en tiempo que se padecía harta penuria y necesidad», dice el cronista. Con su vida de comunidad, los religiosos edificaron al Marqués y a los soldados, concluye el cronista.

En 1629 llega como Guardián, otro fraile importante a juzgar por sus cargos. Es Eugenio Chaves, predicador y calificador del Santo Oficio. En tiempo de este Guardián «se ejecutó el Breve del Papa Urbano VII, y tomó este convento y los religiosos de él la posesión en la precedencia con los padres de San Agustín, del convento de San Leandro, como consta de los papeles y autos que hay de esto en el Archivo donde se podrán ver». El décimo Guardián (1632) salió del Capítulo tenido en San Diego de Murcia. Provincial Francisco Emper, y Guardián de acá Bartolomé Quesada, quien renunció después de un tiempo, y le sucedió como Presidente Francisco Velázquez, predicador, quien era natural de Honrubia (Cuenca). En el tiempo de éste se hicieron algunas pequeñas obras para reparo y adorno del convento. Se apunta también aquí la noticia de la muerte de Aurelia Digueri y Juan Bautista Prebe, su marido. Ambos entran en el catálogo de genoveses, bienhechores del convento. El marido dejó 50 ducados de limosna «en cada un año», y su mujer dejó mil reales por una vez. Las limosnas de los difuntos eran recogidos al fin de este libro de crónica. Es sabido que se invertían en gastos del convento y en misas por sus almas. El Guardián duodécimo era natural de Murcia. Siendo Antonio Ferrer Provincial (quien fuera años atrás Guardián de Cartagena, recordemos), éste y su Definitorio eligieron a Bartolomé Pacheco para Cartagena. Al principio de esta crónica se pone a Pacheco como narrador de la fundación (y escribe en 1636). Hizo un sagrao para la comunión, y una librería sobre la portería, y una celda grande en la hospedería. Interesa también la noticia de que en este tiempo se llevó a cabo «el ejecutorio de ser los religiosos del convento libres de todas las sisas e impuestos, por sus privilegios, no obstante el Breve que concedió su Santidad para que por algunos los pagasen los eclesiásticos. Los autos y ejecutoria están en el Archivo de este convento»<sup>18</sup>. También en este tiempo (1637)

<sup>18</sup> Tales privilegios se mantuvieron durante siglos, si bien a finales del XVIII, hubo quejas sobre esto. De todos modos, en 1800 todavía, conocemos un expediente en el que los

ocurrieron sucesos que habrían de repetirse más de una vez en la historia. Nos referimos, a que por los meses de septiembre hasta noviembre cayeron enfermos en este convento 25 religiosos de los 28 que eran moradores de él. La causa: unas tercianas malignas y contagiosas que corrían por la ciudad de Cartagena. Por las cuales (en especial en sus arrabales) murieron 400 personas poco más o menos. Murieron cuatro descalzos: dos en este convento, y otros dos que habían sido llevados a Murcia, con el fin de evitar el contagio. Del convento descalzo de Murcia vinieron a servir a los enfermos de Cartagena. Las personas devotas se esmeraron en ayudarles y visitarlos, aunque añade el cronista que otras muchas se excusaron «porque les parecía que estaba apestado el convento con tantos enfermos, y la verdad es que la enfermedad parecía de peste». Los médicos decían que estas enfermedades las causaban unos almarjales que están a espaldas de este convento, porque se llenaron de agua de una muy recia que cayó en los primeros días del mes de septiembre, y encima no había llovido nada en todo el verano, y el fuego que salía de la tierra corrompió el agua. Todos lo que vivían alrededor del Almarjal fueron los más enfermos y casi todos murieron, y el convento, al estar tan cercano participó del daño<sup>19</sup>. De 1638, es el Guardián Juan Bta. Andreu, natural de Fuente la Higuera. El cronista recoge los nombres de los frailes muertos en este tiempo (1638-1639). Y de 1641, es el nombramiento de Guardián en la persona de José Ferrer, Lector de Teología. En este tiempo falleció Juan Bta. Andreu, quien había sido Guardián aquí (1638), y ex-definidor. También en este tiempo, el Duque de Abrantes, General de las Galeras de España dio al convento la custodia grande del Santísimo Sacramento, donde se expone y lleva en las procesiones. La cual mandó hacer para este convento en Madrid. No se sabe lo que debió costar. La aceptó el Guardián «juzgando no ser contra la pobreza y reforma de nuestra Descalce». También dio el Duque 900 reales para el convento, «y fue devotísimo

---

conventos de S. Diego y S. Francisco piden el perdón de 200 fanegas de trigo cada uno. Se las deben al pósito, cf. AMCT [resolver la sigla], Caja 72. Exp. 10.

<sup>19</sup> J. SOLER CANTÓ, *Cuatro siglos de epidemias en Cartagena*. Ed. CAMM, Cartagena 1970 [pp.....]; R. TORRES SÁNCHEZ, *Aproximación a las crisis demográficas en la periferia peninsular. La crisis de Cartagena durante la Edad Moderna*. Ed. Ayuntamiento de Cartagena 1990 [pp....?]. «También conviene notar las circunstancias de la época: las guerras continuas, las crisis provocadas por el alza de precios, el hambre, todo ello causaba terror y angustia. Se tenía miedo a todo y a todos. Fue una especie de terror colectivo que se apoderó de la gente y que llevó a extremos insospechados». Tal dice JOSEPH PÉREZ, «La España moderna (1474-1700). Aspectos políticos y sociales», en M. TUNÓN DE LARA (dir.) *Historia de España*, . Ed. Labor, Barcelona 1992, t. 5, 207-208.

de sus religiosos y de nuestro santo hábito». En este mismo guardianato, Don Martín Carlos de Mencos, General en propiedad de la Armada de los galeones de Nápoles, y por cargo de toda su Armada real de Carrera de Indias, ofreció un juramento firmado de su mano de cien ducados para una lámpara en el convento, donde está San Pascual, diciendo que sólo se obligaba a los cien ducados, pero que daría mil, si le sucedía bien la jornada de Indias. Dio también un cáliz nuevo todo de plata con copa y patena dorada, «que es el más nuevo de los que se tienen».

En este tiempo, por igual, se hicieron todas las celdas de la enfermería en el dormitorio, y las celdas del dormitorio de arriba que corre hacia el noviciado. Se hizo también de mampostería desde sus fundamentos un pedazo de las tapias de la huerta que se había caído. Se hizo lo propio con otros pedazos de las tapias. Apuntemos lo que se dedicó a indumentaria litúrgica, mantas, y los más de treinta cuerpos de libros. Se añadieron a la librería. Una noticia curiosa se pone en esta misma guardianía, ya a finales de ella. Se iba a tener el cónclave para elegir nuevo Papa. Al convento llegó el Cardenal Sandoval y Moscoso, obispo de Jaén. Estuvo aposentado en el convento dos meses, mientras esperaba embarcación para dirigirse a Roma. En el interim, vinieron las nuevas de que había salido electo Papa Inocencio X. Se volvió el Cardenal a su obispado, pero quedó muy edificado de los religiosos, y éstos de su Eminencia, por ser príncipe muy cristiano y de gran virtud. Dio de limosna 72 piezas de a ocho, «y daría mucho más a no estar obligado por volver a su Majestad todo lo que se había dado de ayuda de costa para el viaje». En esos meses de estancia, tuvo una mala caída el Cardenal, y quedó indispuerto. Entonces vino a visitarle el Cardenal Espínola, que estaba en Murcia para ir también al cónclave (al que tampoco pudo asistir). Espínola estuvo un día y una noche, y se volvió a Murcia, y de ahí a Madrid.

El nuevo Provincial era Miguel Yvanco, quien fuera Guardián en Cartagena en 1623. Y el décimo quinto Guardián fue Juan Bernal, natural de Yecla. Año de 1644. Venía de ser Guardián en San Gregorio de Orihuela (Alicante). En su tiempo se doró el sagrario y se colocó en el altar mayor. En la referencia de fallecidos se cuenta a Antonio Vidal, que era predicador. Así mismo estuvo en el convento y aquí murió don Pedro Aurellana, del hábito de Santiago, del Consejo de Guerra de su Majestad y su General de los Navíos de Nápoles. Murió de una estocada que le dio en un brazo el Marqués de Cusano, General de Caballería, el cual estuvo preso en este Castillo de Cartagena, de donde se lo llevaron a Madrid y allí murió en la cárcel. Dejó de limosna Aurellana 500 ducados, de los cuales tomó la Provincia 250 para la canonización de San pascual Bailón. Está el cuerpo de Aurellana depositado en la capilla de los Digueri.

Felipe Ferriol (el 16°. Guardián), predicador, venía de serlo en Jumilla (San Francisco). En su guardianía se narran obras en el convento: se abrieron dos puertas más en el claustro de arriba para que se fuese más derecho desde el coro a la sacristía; rebajó la reja del coro que estaba alta, y no podían los religiosos, desde sus lugares, ver alzar a Dios en las misas conventuales. Hizo traer de Venecia un Psalterio y un Breviario grande de muy buena imprenta y letra para el coro, e hizo un atril nuevo, que de todo había mucha necesidad. El Capitán del navío que trajo el Psalterio y Breviario grande y otro pequeño en papel lo dio todo de limosna «obligado de dicho Guardián». Y cual si fuera la explicación este hecho, añade el cronista: «Y alcanzó un tiempo tan estéril y necesitado de pan que vino a valer la arroba de harina a dos ducados, cosa nunca vista en Cartagena». En el convento de la Virgen de Orito tuvo lugar el siguiente Capítulo Provincial (1648). Salió Provincial Juan Corona, predicador, y por Guardián de Cartagena José Camarasa, predicador. He aquí ahora una noticia, repetida, que conocemos: «Y en su tiempo sucedió la desdicha de la peste; hallose en ella, padeció el contagio, y murieron de esta enfermedad, en este dicho convento, catorce religiosos, como consta de Libro de Difuntos de este convento, donde están escritos sus nombres». Y he aquí otra noticia adjunta: «Renunció en la congregación intermedia que se celebró en San Juan de la Ribera (Valencia) en agosto de 1649, y se la admitieron». Suponemos que experiencia tan traumática le había dejado hondas huellas. Le siguió en el cargo Bartolomé del Pulgar, y se mostró despierto y práctico, porque se reedificó la balsa, se echaron los suelos de la iglesia, y «se aderezaron las paredes que estaban destruidas». El siguiente Guardián, Gregorio de Córdoba, predicador, era natural de Calasparra (Murcia), y su trienio fue a partir de enero de 1652. El cronista lo resitúa en un tiempo horrendo de economía, y nos alcanza datos fehacientes, útiles para historiadores económicos de ese siglo, es decir, «en tiempo tan necesitado que valía una arroba de harina 16 y 17 reales, y una de vino, 18, por no haber llovido y ser tanta la langosta que acabó todos los frutos». Se aplicó a cosas útiles en el convento. Por ejemplo, hizo nueva la antigua campana, le añadió un quintal y medio de metal, más de lo que tenía la antigua. Pero acuciado el cronista por la economía, vuelve al hoyo: «fuese continuando tanto la necesidad que llegó a valer una arroba de harina 30 reales y la de vino 24, y la de aceite 60, dábase el pan por reja y en muchas ocasiones estuvo la ciudad sin pan ocho días»<sup>20</sup>. A pesar de todo, el Guardián

---

<sup>20</sup> Cf. A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, *Economía y sociedad*, en [autor/res] *Historia de España*. Ed. Espasa-Calpe [lugar] 2004, t. 7, 79-89.

siguió dando muestras de hombre práctico, puesto que compró dos machos. Uno para la noria, y otro para el servicio del convento y limosna del campo, reparándose en este tiempo las paredes de la huerta, que se caían por muchas partes, y también se reparó el murillo por donde viene el agua de la noria a la balsa, que se había aplomado”. Se hizo también una rueda para la noria. Con razón, tras la Congregación intermedia (agosto de 1652) fue confirmado en el puesto este Guardián. Es curioso, a la vez, cómo en tiempos recios de economía, el convento no cesaba en reparaciones. Algo que los cronistas narran con puntualidad, como si les fuera la vida en ello. En buena lid es lo que acontece con el siguiente Guardián, Francisco de Montealegre (en 1654), siendo Provincial Felipe Ferriol, quien fuera antes Guardián en Cartagena. El cronista narra ahora más obras: las paredes del muro que va a la noria estaban casi todas caídas por causa de un grandioso diluvio que vino el año antecedente. Todas se levantaron, se hizo la cañería nueva, bien diferente de cómo era la antigua. Igualmente, se obró un cuarto para la botas de atún, así del convento como de otros de la Provincia. Apuntemos otro dato de economía conventual y del propio concejo, puesto que una cantidad concreta de atún se repartía entre los conventos más pobres. Por tanto, también entre los observantes. Con los años, hubo sus polémicas en punto a estas donaciones, según hemos visto en Actas municipales y en algunos legajos sueltos en el Archivo. Del Guardián 21 (Salvador de Robles, de Lorca) la crónica llega al máximo de laconismo. Y no sólo porque le dedique cinco líneas, sino porque expresa: «hizo con este convento más de lo que pudo». Ahí queda eso. El tiempo (enero de 1659 en adelante) del siguiente Guardián, Andrés Cámara, predicador, natural de Ayora, viene marcado por un hecho histórico para la vida de una Provincia Seráfica como la de San Juan Bautista de Valencia. Provincia ancha y larga en su geografía, y en demografía franciscana, puesto que llegó a tener más de mil frailes. El 12 de febrero de 1661 se dividió la Provincia. Era Provincial a la sazón Domingo Camañes. A él y su defensorio tocó poner en práctica el Breve que lo decidía. No se hizo tal sin sus más y sus menos. Tomó posesión el nuevo Provincial de la nueva Provincia descalza (la de San Pedro de Alcántara de Granada y Murcia). Conventos murcianos que se incorporaban, por ejemplo, eran Totana y Cartagena. Y el de Murcia, sin duda, el más importante, se cobraba un litigio nada baladí. «Era – escribe el cronista- el principal nombrado en el Breve de la división para lo cual esta Provincia de San Pedro de Alcántara envió a Roma a sus Procuradores y puesta demanda en la Sacra Congregación de Regulares y oídas las partes, se mandó restituir el convento de Murcia a esta Provincia, y no queriendo obedecer los de San Juan Bta. se les obligó con muchas conjuras a restituirlo, y a los 14 meses justos de la división, lo res-



tituyeron, habiendo causado en la resistencia muchos escándalos, que para que no se continuaran y para aquietar a las dos Provincias puso perpetuo silencio la Sacra Congregación». Confirmado todo por Su Santidad a 11 de octubre de 1662. Al fin, dada la posesión al nuevo Provincial, el Vicario Provincial, con el definitorio se retiraron a su provincia de San Juan Bta, y el nuevo definitorio con su Provincia se fueron al convento de San Antonio de Padua de Granada (era sede de la nueva Provincia).<sup>21</sup> En la Junta habida en Granada (23-4-1660) confirmaron como Guardián de Cartagena a Andrés Cámara. El cronista da ahora una tabla de Guardianes en las ciudades de la Nueva Provincia. Por ejemplo, de Granada, Gaspar García, predicador; de Yeste, Juan de Rojas, predicador; de Totana, Salvador de Robles.<sup>22</sup>

El Guardián 23 proviene ya del Capítulo intermedio celebrado en Granada (agosto de 1662). Era Julián Bautista, que venía de serlo en Guadix. Se encontró que por la esterilidad de tiempos pasados y otras causas «halló al convento tan necesitado que aun para decir misa no tenía y con tres mil reales de deuda, los religiosos necesitados de vestuario sin tener de donde sacar para sayal; por lo cual este Guardián pidió limosna para los sayales y entre los devotos recogió mil doscientos reales con que vistió a los religiosos». No se andaba de rositas este Guardián, puesto que se embarcó a Orán, cuando iban trece galeras con bastimentos, y de allá trajo dos arrobas de cera y otras cosas con que comenzó a remediar al convento. Total: que por la liberalidad de nuestro Señor “no sólo se sustentó la Comunidad de 24 religiosos, sino que en este año se pagaron las deudas, se compró un macho para el servicio del convento y una mula para el carro de las limosnas”. Enumera el cronista otras adquisiciones logradas (entre ellas las de ropa litúrgica) y alaba a este Guardián.

<sup>21</sup> El P. Panes mantiene distintos puntos de vista, cf. A. PANES, *Chronica de la Provincia de San Juan Bautista de religiosos Menores descalzos de la regular Observancia de San Francisco*, I-II, Valencia 1665-1666, [pp.... faltan].

<sup>22</sup> Para más información de estos acontecimientos, véanse las dos crónicas de la nueva Provincia, en especial la de TOMÁS DE MONTALVO, *Crónica de la Provincia de San Pedro de Alcántara, de la Observancia de N. P. S. Francisco en los Reinos de Granada y Murcia... Primera parte*. Granada 1708; GINÉS GARCÍA ALCARÁZ *Segunda parte de las Crónicas de la Provincia de San Pedro de Alcántara de religiosos descalzos... en los Reinos de Granada y Murcia*, Murcia 1761. De Montalvo véanse, los capítulos 7- 12 acerca de la oposición de la Prov<sup>a</sup>. de S. Juan Bta. y en especial contra el Provincial electo en la nueva Provincia. Acerca del convento de Murcia, cf. los capítulos 18-25 inclusive. El 18 se titula: *Inténtase la recuperación del convento de Murcia y razones que persuadieron esta resolución*. Sobre el de Cartagena, cf. los capítulos 65-69 inclusive. Montalvo ocupó cargos de mucha relevancia dentro de la Orden franciscana.

Por lo general, los siguientes Capítulos se vinieron celebrando en Granada, y así en 1663. Esta vez, siendo Provincial Gaspar García, natural de Murcia, y se nombró a Andrés Mejía, predicador, Guardián de Cartagena. De nuevo inserta aquí el cronista cargos en otros conventos, y narra los arreglos de convento, y material para la hospedería (mantas, almohadas y colchones). El 25 Guardián se llamaba Alonso Sánchez, natural de Fuente Álamo, y profesor de Artes. Tomó posesión en 1666. Buena parte de su quehacer consistió en reparar tapias de la huerta, pero es más de notar que se quiso hacer una noria sobre la balsa, para lo cual el día de la Presentación del Señor en el templo (1667) se comenzó a abrir y al siguiente día, a causa de lo ahondado se descubrió una bóveda que venía atravesada con la caja de la noria, a modo de aljibe de 50 pies de largo y 12 de ancho, que «sirvió de mucho embarazo para proseguir la noria». No se pudo llevar a cabo. Enlosó también el claustro que se hallaba deteriorado. Dedicó ayuda a la hospedería. Y en el último año de su trienio se celebraron las fiestas de la canonización de San Pedro de Alcántara, con octava de sermones y fuegos. El siguiente Guardián nos permite saber, como siempre, quién era el Provincial, Alonso de Segura (en 1669), y a la vez quién Guardián nuevo. Es Francisco García, predicador, natural de Yecla, y que antes había sido Guardián de la Veracruz de Villa Carrillo. Además de los arreglos consabidos, encargó una urna para reservar el Jueves Santo al Santísimo. Se hizo con las limosnas que ofrecieron algunos devotos. Para la enfermería cuidó de hacer camisas y sábanas, y procuró material para el refectorio, y para el refectorio treinta servilleteros.

«A últimos de octubre de 1670 le mandaron ir a Madrid, por negocios de la Provincia, y entregó el convento al Presidente dejando de deuda 2.321 reales. Pero para su desempeño dejó 123 fanegas de trigo que se hicieron de limosna de este año, 200 de mosto?, cinco arrobas de lana. Y a más de esto dejó 17 hábitos para difuntos, 44 reales que dan por ellos de limosnas suman 748 reales. Dejó también una libranza de 426 reales con 22 maravedises que ha de pagar el del Almudí, y otras deudas que se deben al convento».

Es de las veces que más números afina el cronista. Quizás por las circunstancias de irse a Madrid el Guardián. Precisamente por esta circunstancia en octubre de 1670 nombraron a Bernardo Navarro, Presidente del convento. Por diligencias de éste se dio el patronato de este convento a los Excmos. Señores Marqueses del Viso por cuya entrega y ajuste vino por Comisario fray Pedro de Córdoba, Guardián que era del convento de San

Diego de Murcia. Hizo la portada del compás de nuevo, porque se caía. En la Congregación intermedia (junio de 1671) salió nombrado Guardián el citado. B. Navarro. «Este fue un año de muchas aguas y las más continuadas que en esta tierra se hayan visto, por cuya causa se cayeron muchos pedazos de tapia de la huerta, y las levantó todas de mampostería». Hizo también un cuarto detrás de la cocina con su patio y un almacén, y otras cosas del convento. Enlució la escalera que sube al cuarto del Príncipe, y así mismo el refectorio y *De profundis*, y retejó dos veces los tejados, un dosel de lana encarnada, cuatro albas delgadas con sus puntas y otras cuatro ordinarias, ocho casullas de diferentes colores, cuatro roquetes y otras cosas de lienzo para la sacristía, una cajuela de plata para dar la comunión, un juego de ramos para los altares. A las demás oficinas las aumentó todas. He aquí un Guardián omnipresente y atento a todo, según vemos. Con razón, en el próximo Capítulo repitió el cargo. Y dedicándose a hacer y rehacer muchas más cosas, que por no ser prolijos, no detallamos ahora. Le dedica el cronista otro folio entero. De destacar para historia de arte es el cuadro que se puso en el refectorio, que ocupaba todo el testero. Lo dio el Capitán de Infantería de Nápoles, y allí fue pintado. Apuntemos, por igual, una imagen de talla de San Antonio de Padua. El cuadro del refectorio lo traería fray Blas de Pina de Nápoles, según han escrito al convento, dice el cronista. El marqués del Viso compró un macho, y regaló una mula de limosna. Los guardianes 28, 29 y 30 ocurren como sigue: en 1674, vuelve a ser Guardián aquí Alonso Sánchez, natural de Fuente Álamo. Una persona devota regaló un Niño Jesús, pero esta vez no se nos dan más detalles. En 1676 ocupa la guardianía Juan de Ocaña, predicador. En la sacristía colocó un cuadro de Ntro. Sr. Jesucristo con el Padre San Francisco que estaba en una oficina. En el mismo año de 1676 hubo de ocupar la guardianía Juan de la Cueva, predicador. A la vez, se crearon en esa época distintas guardianías en la Provincia. En Cartagena fue época de contagios, y alcanzó al convento de dominicos y agustinos. Mientras, gentes de la ciudad se retiraban al campo huyendo, y hasta los frailes huían y abandonaban sus celdas. Concurrir al hospital los ministros espirituales, y venir religiosos de Murcia en ayuda repetía historias de años antes. En la guardianía siguiente (1677), regentándola Antonio Martos (natural de Purchena) se desata la tragedia respecto de cómo acechaban ya los contagios. Por cierto, es una de las veces donde más narración de los sucesos nos presenta la crónica. En abril del citado año, un corista (Joaquín de los Reyes) se halla agravado de una calentura. Se llama al médico y éste decide que lo pongan en celda aparte, con la cautela de que nadie se rozase con él. Lo retiran al cuarto del Príncipe, y al octavo día murió. El rigor de los contagios fue tanto que el día 9 del mismo abril, cayó malo fray Juan

Sánchez, confesor; y el día 12 murió. El día 20 se sintió herido de achaques Francisco de la Peña, si bien al principio los médicos de la ciudad y cirujanos no creyeron tan grave la enfermedad de este padre. No obstante, el 26 se agravó (y se creía que por otras razones de una infección en un dedo) de tal manera que el día 30 murió. El fraile enfermero que le asistía salió pasmado dando voces desde lejos a quienes se hallaban en casa. Volvió a la celda y avisó que F. de la Peña se estaba muriendo, por lo que pudo encomendarlo la Comunidad espiritualmente. La crónica destaca a este enfermero que asistió a los tres anteriores. Era un corista llamado Isidro del Castillo, “y con tanto valor de espíritu que habiendo muerto el P. Peña, sin aguardar a que alguien le ayudase, lo cargó a sus hombros, y lo llevó a la sepultura, que le tenía preparada. Acabada esta función se retiró a la ermita de la Magdalena, adonde estaba dispuesto que se hiciera la cuarentena, y aquella noche se halló con algunas desazones y calentura; se le trajo al cuarto del príncipe. Vivió cuatro días, y el 10 de mayo dio su alma a Dios. Con él quedó la Comunidad muy edificada de las grandes resoluciones de su espíritu y deseos de dar la vida sirviendo a sus hermanos de religión. Todos los fallecidos citados están enterrados en el cementerio conventual detrás de la Capilla de los Imperiales, excepto fray Joaquín de los Reyes, que por ser su muerte tan de repente, lo enterraron en un hoyo profundo, que se había hecho para una noria en principio. El quinto difunto fue Francisco de Módena, el cual viendo el avance de contagios, pidió al Guardián retirarse al Campo de Cartagena, con unos deudos suyos. Se lo concedió el Guardián, y habiendo estado allí más de 24 días sin el menor accidente, ejercitándose en confesar y hacer alguna pláticas espirituales, llamándole para una casa del mismo Campo donde había una enferma sin declararle que era del achaque, él se sentó a confesarla sin recelo y volviendo a la casa de sus deudos, el día último de abril, aquella noche después de haber cenado, se fue a dormir, y a la mañana entró a su cuarto un sobrino suyo, le halló cruzados los brazos y muerto. Era el pago de la peste, y fue enterrado en un montecillo que estaba cerca de la casa. El cronista indica que la Comunidad sufrió de saber que había muerto sin ser asistido de los sacramentos de inmediato, como era costumbre, dado el sitio del Campo donde a la sazón se encontraba. Un médico, de todos modos, había pronosticado que sería milagro quedara alguien vivo en el convento, por estar éste muy inficionado. El sexto que murió fue fray Pedro Vegues, pero a pesar de achaques, sobrevivió. El cronista -que parece contar todo de primera mano- llega a decir que era tanta la enfermedad y la debilidad corporal y los mareos que era necesario arrimarnos a las paredes o afirmarnos bien en los pies, además de los dolores grandes de cabeza. También escribe con orgullo que no se dejó el coro vacío, ni se dejaron de lado las oraciones y

horas del breviario. Lo que era seguro, a la par, era la infección en la ciudad, y no llegó a más porque huía al Campo la gente para salvarse. Da una cifra horrenda por la magnitud de muertos. Más de 400 personas murieron, y más de 203 sanaron. Acerca también el cronista una nota social: que los médicos andaban dudosos sobre qué hacer, porque los comerciantes no querían que se declarase infectada la ciudad, por un lado, pero por otro, había defensores mirando al bien común. Al fin, se admitió el mal de la peste y se volvieron a cerrar las puertas de la ciudad. Prosiguió esta fatalidad hasta el día de San Juan en que se conoció ya mucha mejoría. Señalemos, por nuestra parte, la importancia de la crónica en los avatares de enfermedades en la ciudad portuaria y campo. Quizás, una de las más cumplidas para la historiografía, junto a las Actas municipales. Y desde luego más vivas en narrativa.

El Guardián 32 toma posesión en 1678, merced al Capítulo provincial celebrado en Priego (de Córdoba), en el que Pedro de Córdoba, Lector de Teología, ejerce de Provincial, y Francisco Jaimés, también Lector de Teología, de Guardián de Cartagena. De este tiempo, narra el cronista diversos frailes fallecidos, pero también que en ese convento murió Ginés Ibernón, quien era bienhechor importante. Dejó de limosna más de 200 ducados y cien para una estatua de un San Diego, además de otras limosnas. También es de citar que desapareciera el patronato del convento que recaía en el Marqués de Santa Cruz. Cuenta el cronista que fueron estos años del trienio muy duros, dada la pasada peste y cómo influyó esto en las limosnas de los devotos, más de uno ya enterrado. Sin embargo, como hemos visto alguna vez en páginas anteriores, maravilla cuántas cosas llevó a cabo el Guardián, sobre todo obras de reparaciones en el convento. Retejó dos de los tejados de la casa; echó tejado a la media naranja de la capilla de S. Pedro de Alcántara; edificó los lavaderos; renovó la balsa del huerto, que casi estaba perdida, hizo una balsa pequeña con su cañería en la placeta que está junto a la puerta del *De Profundis* para recoger el agua para la cisterna; edificó 103 varas de la cerca de la huerta, reparó mucha parte del suelo de la iglesia, dejó en la sacristía un Cristo y un dosel de brocal verde, y bastantes más obras y en complementos para refectorio, enfermería, hospedería. Y como Lector que era, aumentó la librería con ocho libros predicables, 6 en cuarto y otro pequeño, asimismo predicable; puso otros (en cuarto) con las epístolas de Antonio de Guevara, y una Lógica del P. Alfonso en cuarto y pergamino, y dos cuadernos morales. Maravillan, en verdad, la presteza y las circunstancias tan poco favorables. Guardianes así maravillan a cualquiera.

En julio de 1681 tomó posesión de la guardianía Francisco Durán, Lector de Moral. Los últimos Capítulos vemos que se celebran en Loja. De julio a noviembre no pudo llegar a Cartagena, debido a un tabardillo, y las tercianas

que sufrió. Se da cuenta ahí de las cosas adquiridas para distintas estancias del convento, y de breves cantidades de economía conventual. Para la librería aportó cinco libros predicables. En 1784 se celebró Capítulo en la villa de Priego, y saldría de Guardián de Cartagena Juan de Ocaña, predicador, que ya lo fuera años antes. Reparó algunas oficinas, compró mantas para las camas, en la enfermería camisas y toallas, en la sacristía cinco albas, y purificadores e hijuelas. En la cocina renovó un perol y el hacha de cortar leña, renovó las tapias de la huerta y reparó la capilla del noviciado. Apuntemos esto: “y habiendo tenido treinta y tres religiosos en el convento, se fue a tomar los baños y renunció porque le probó mal a su salud el temperamento marítimo”. Fue sustituido por el P. Francisco Durán, Lector de Teología, en la Congregación intermedia (1685). Hasta esto, quedó gobernando Francisco Cucarella, predicador y Presidente. Reseñemos lo siguiente de esos meses: se colocó un cuadro del descendimiento que está en el claustro bajo, con sus cortinas de tafetán y encajes blancos. El citado Francisco Durán fue el Guardián 35 (año de la posesión, 1686). Venía por segunda vez a Cartagena, puesto que ya lo fue años antes. Había gobernado sólo dos meses cuando fue requerido para ir como Comisario a la Provincia de San Pablo (Castilla la Vieja). Cinco meses estuvo allí ocupado. Renovó y rehízo el refectorio y el *De profundis*, puso asientos de tabla en el refectorio y en el *De profundis* nuevo. Este refectorio recibe alabanzas del cronista: «oficina muy capaz». Y esta otra nota, algo distinta: «Y habiendo vuelto dicho Guardián a su convento no residió en él hasta el Capítulo, cosa digna de reseñarse». Entre las obras y adquisiciones son dignas de recopilar: en la sacristía “tres hechuras de talla, una de San Francisco, otra de S. Diego, y otra de S. Pedro de Alcántara”; una cruz de Sto. Toribio para las procesiones claustrales; en la librería puso diez tomos de un autor (Solveira?), ocho del Cardenal Hugo, dos de Anales de Aragón, «y otros, hasta treinta y un cuerpos de libros». Aderezó la librería que estaba muy maltratada poniendo pergaminos a 170 libros encuadernándolos y reparándolos todos. Sustentó a 36 religiosos, dice el cronista. Por otra parte, no se le murió ningún fraile, noticia reseñable. Y sobre todo bajó la deuda que pesaba sobre el convento.

Cuando llega el tiempo de Guardián 36 nos encontramos en la crónica con un folio que resulta una excepción a toda lo que venimos viendo, a saber el propio Guardián escribe: «Fray Gregorio Romero... en cumplimiento de la constitución que ordena que el Guardián escriba las cosas dignas de memoria en su tiempo, digo...». Con lo cual nos enteramos de que no existe el cargo de cronista propiamente, sino que se van copiando los textos que da cada Guardián para que pasen a un libro. El actual, Gregorio Romero, nos dice que en agosto de 1687 llegó al convento una misiva: «los Padres

agustinos nos citaron ante el Sr. Nuncio de España, dándonos pleito sobre las precedencias. Y regida por ambas partes, salió sentencia de que las precediéramos yendo interporlados con los Padres Observantes. Apelamos esta sentencia para la Sagrada Congregación de regulares, de la cual salió una declaración en que se explica que la precedencia en las procesiones les pertenece a los Padres Agustinos, cuando nosotros fuéramos debajo de cruz propia, y no debajo de la cruz de la Observancia». Tema hoy baladí, pero de importancia, bajo varios aspectos, tanto religiosos e históricos como de otros intereses sociales, en que ahora no podemos detenernos. El Guardián añade en su resumen que (en 24 de junio de 1689) se le dio al Duque de Veragua el Patronato de este convento.<sup>23</sup> Tomó aquél la posesión, y la escritura de ello se guarda en el Archivo conventual. Del mismo año citado, proviene el aviso del Sr. Nuncio de España donde se prohíbe con graves penas las comedias y representaciones en los conventos de religiosos y religiosas. Y por último, escribe el Guardián que en julio de 1689 «se comenzó a cavar (era la Infraoctava de San Buenaventura) el pozo, junto a la puerta del campo, y se halló la primera agua por el mes de septiembre del mismo año, en la infraoctava de la Natividad de Ntra. Señora, habiéndole dedicado siete misas cantadas a esta Soberana Reina, pidiéndole nos diese agua y buena, y bendita sea su maternal piedad, el día de la primera misa comenzamos a descubrir el agua y hallamos ser dulce y buena». Juan Cebrián fue nombrado Guardián y tomó posesión en junio de 1690. En su trienio tuvo importancia singular la canonización de San Pascual Bailón. Las demostraciones de júbilo y festejos en la ciudad llamaron la atención. El Guardián, por un memorial, lo comunicó a todos los vecinos y moradores mandando que todos solemnizasen tal hecho manifestando su devoción. Balcones y ventanas hechas unos luminaires, de tal modo que «la noche obscura pareció un claro día». Los vecinos del Campo llegaron a creer que ocurría algún incendio, y no fue engaño, dice el cronista, porque ardían en llamas de oración. En los festejos destacó el Sr. Duque de Veragua, General de las Galeras de España, Patrón del convento. Mandó éste que todas las galeras hiciesen salvas reales, e hicieron lo mismo embarcaciones grandes y pequeñas, y al mismo tiempo se oyó el estruendo de los baluartes del castillo. Fue mucho el afecto de los señores Antonio de Heredia, Gobernador de las armas de esta ciudad, y de don Jerónimo Castellano, del castillo. Al término de 1691 se celebraron fiestas en este convento haciendo la procesión general el 13 de mayo, que fue

---

<sup>23</sup> Cf. C. FERRÁNDIZ, *La Casa Ducal de Veragua y la Cofradía del Cristo del Socorro de Cartagena*. Fuente Álamo 1989, [pp.....].

muy solemne, por los muchos adornos de las calles y curiosidad de cinco altares, y por la asistencia de clerecía, religiones, cofradías, nobleza y mucho gentío de la ciudad y de todo el Campo. El día 14 hizo la fiesta el Sr. Duque de Veragua; el 15 el Sr. Don Alvaro de Portugal, quatralbo de las Galeras; el 16, el Sr. Don Alvaro de Bazán, hijo del marqués de Santa Cruz; el 17 día del santo lo hizo este convento, dando altar y púlpito al convento de San Francisco (de la Observancia). Se celebraron unas Justas poéticas, siendo Juez el mismo Sr. Duque., y secretario de dicha Justa don Diego Montenegro, capellán mayor de las Galeras y caballero de singular ingenio, «que la lució con admiración del teatro, y con esta función se dio fin a la celebración de nuestro Santo Pastor». La crónica quiere resaltar a las personas que brillaron a la hora de las limosnas. Así, con Luis Panes, conocido regidor de la ciudad entregando cien ducados, que costó la imagen del santo; y Antonio Montanaro, conocido igualmente, colaboró con 500 reales, y el último día dio de comer a la Comunidad con gran generosidad y abundancia. Juan Sereno, Maestro carpintero, hizo el altar de la Iglesia a su costa, y una fuente artificial que se construyó en el compás. «No quiso cosa alguna por pago», dice la crónica. Y añade que no faltaron los milagros, porque al entrar en el compás la imagen del santo, la tarde de la procesión, cayó un tablado que estaba cerca de la ermita del Via Crucis. Cayeron muchos muchachos al suelo y niños, y no hubo lesiones. Con otros *milagros* se cierra este capítulo de las fiestas.

*El manuscrito, su contenido. Siglo XVIII.*

De los Guardianes 38-44 se nos dan muy breves noticias. Indicamos los nombres de ellos por ese orden: Francisco Messía (1693), Pedro Veguer (1696), Blas de Úbeda (1699), Francisco Piédrola (1702),<sup>24</sup> Manuel Parra (1705), Francisco Cucarella (1708), Francisco Suárez (1711). En relación con la historia nacional y local goza de importancia lo ocurrido durante el trienio de M. Parra. Hablamos de la guerra de Sucesión entre el borbón Felipe V y el Archiduque de Austria. Obviamente repercutía en un convento como el descalzo y en una ciudad como Cartagena, en la que ésta tuvo protagonismo. Como es sabido el Reino de Murcia, con el obispo Belluga a la cabeza, tomó partido en favor de Felipe V. El cronista cuenta que sufrió el

<sup>24</sup> Del tiempo de B. de Úbeda, se nos da noticia del pleito con los agustinos acerca de la precedencia, en tanto en cuanto influía en ir por delante en los sermones que se predicaban en la iglesia principal, parroquia única. Los descalzos reclamaban la precedencia para ellos.



Reino de Murcia “con invasiones militares que hacían los émulos del Rey natural Felipe V, dueños ya de la mayor parte del reino de Valencia. Crecía el desafecto a la facción del rey, estimulados por soñados intereses, y caía de ánimo la lealtad con los infaustos sucesos que o ya sucedían, o ya hacían creer los que apasionados los referían”. Sabido también es que estaba en el puerto de Cartagena la Galera Real Capitana y Nuestra señora de la Almodena que gobernaba como quadralbo don Luis Manuel Conde de Santa Cruz. Tenía éste trato secreto con los enemigos de la Corona. La traidora disposición del Conde puso en manos de los ingleses a la ciudad y puerto. Fue proclamado aquí por Rey el Archiduque Carlos de Austria. Esto trajo que se amparasen muchos franceses en el convento descalzo, con la consiguiente desafección de quienes por un tiempo breve se habían hecho con el mando. Es una página en la que se detallan ciertos avatares militares de esos días, hasta el tiempo en que fue devuelta la ciudad a la causa de Felipe V. En tal sentido, la crónica resulta excepcional como fuente para la historiografía. Habría que decir otro tanto de los guardianes 45-46 en punto a brevedad. De ahí que sólo citemos un nombre: Alejandro Cabañero, quien fue electo en una Junta particular (1714) y siguió luego tras el Capítulo Provincial de ese mismo año.<sup>25</sup> Otro aire se respira con el Guardián 47 electo en 1717. Se celebró en Priego el Capítulo (Córdoba), y lo presidió el General de toda la Orden (José García Minzo), y para Guardián de Cartagena, se nombró a Tomás Cerezuela, natural de Cartagena, Lector de Teología. En su trienio sólo murió un religioso sacerdote, mayor de 50 años. Fue trienio estéril de lluvias y cosechas. Se puso al corriente el Patronato, que no se había cobrado, y la cobranza la empleó la Provincia en cubrir necesidades. Eran 200 ducados anuales. Valió, por igual, para rebajar el empeño que pesaba sobre el convento, que era de 5.744 reales y 33 maravedises. Se hicieron muchas obras: los empedrados de dentro y fuera del compás y todos los nichos y cuadros de los pasos (del Vía Crucis) y de la Virgen de los Dolores, el Pórtico, su enlosado y empedrado, sus pinturas y el cuadro de Ntro. P. San Francisco de encima de la portería, la capilla de Ntra. Señora de la Piedad, contando su adorno y alhajas. De la toma de la Isla de Cerdeña vino a Cartagena Nra. Sra. de la Piedad en un navío, cuyo capitán la halló en un monte de Cerdeña, llamado Cabo de la Caza, cuyo mote consta en la misma lápida, y fue fabricada en Palermo. En una montería con los principales sujetos de su navío se encontró el capitán con dicha lápida. Iba destinada a Cádiz, pero

---

<sup>25</sup> En su tiempo, se hizo un armario para la sacristía, y el cobertizo para el ganado y un cuartico para el pastor.

teniendo que volver el navío a la guerra con Cerdeña, se quedó la imagen en el convento descalzo. Era la Piedad con su Hijo en brazos. Y tan fuerte la devoción que fue surgiendo que se edificó una capilla. Se hizo fiesta de dedicación, con sermón y misa en la iglesia. Dice el cronista: «Y comenzó a ser dicha capilla el oráculo y recurso común de la devoción de todo género de personas». Se cita después como bienhechores de la capilla y de ayuda a otras imágenes, a Juan de Villalba y esposa. Tales imágenes eran la del Niño Jesús, una; y otra la de la Virgen Niña. Más cosas se nos bridan en estos folios: se hizo el aljibe grande de la puerta; la cubierta de la sala alta, que estaba ruinosa. En la huerta y en las tapias dispuso arreglos, e igual en las ruedas de sacar agua en la noria. Fue importante la traída de reliquias de San Clemente Mártir, desde Roma gracias a un fraile de esta Provincia. Había sido secretario del Procurador General de la Descalcez de España en la Curia Romana. Trabajó mucho en conseguir indulgencias para la vida y para la muerte de personas que se escribiesen en algunas Hermandades. Tales bulas lograron altar privilegiado para el de San Pascual Bailón, “donde diciendo una misa por cualquier hermano o hermana difunta, y que fuesen sus almas al Purgatorio saldrán de las penas con dicho sufragios”. Esa bula tenía un plazo de siete años, renovables. Habrá que pensar que estando por medio un Guardián cartagenero (el primero, que sepamos, en su propia tierra), las ayudas se facilitaban, pero la labor del Guardián era un declarado acicate.

Del Guardián 48 recogemos en primer lugar una nota acerca de la Provincia. En el Capítulo (1720) vemos que ha sido elegido Provincial Tomás Montalvo, fraile al que le debe mucho la historiografía religiosa y civil, por tener publicada (1708) la *Primera Parte de la Crónica* de su Provincia. Montalvo fue figura importante: Lector de Teología, ex-definidor, ex-comisario visitador de la Provincia de San José. El Guardián electo fue Tomás García, natural de las Alpujarras granadinas. Un primer dato que se nos da es el fallecimiento del P. Tomás Cerezuela, quien fuera Guardián en el trienio pasado. Murió durante la celebración del Capítulo citado al que había asistido en Granada, en el que podía haber salido definidor provincial. Trienio, por otra parte, marcado por la esterilidad climática: “en ninguno de los tres años se cogió cosecha alguna”. Pero como otras veces, la divina Providencia logró que no quedara el convento empeñado en cosa alguna. Una noticia importante: «En este mismo trienio se vinieron los religiosos que habitaban los conventos de Nápoles, y desembarcaron en este puerto el mayor número de ellos». Y otra: «Y en este mismo trienio se celebró el Capítulo General en Roma y fue electo en Definidor General de la Orden Ntro. carísimo hermano Tomás Montalvo, actual Ministro Provincial de esta Provincia, y el primer Definidor General que en ella ha habido». Cuando volvió

del Capítulo, el Definidor trajo para el convento cartagenero una reliquia del Lignum Crucis. Tras decir la crónica que Felipe V ha abdicado en su hijo Luis, y que ha sido en esta ciudad muy celebrado el hecho, nos acerca esta noticia (al margen señalada con ¡¡ojo!!) Se trata de que se ha ganado sentencia jurídica contra la ciudad y vecinos que están enfrente del convento, hacia el cerro de la cruz,” para que no nos puedan impedir ni quitar el agua vertiente de dicho cerro, que viene al convento”. Ni hacer obra alguna hacia la cumbre de este cerro.<sup>26</sup>

Las guardianías 49-54 son despachadas con mucha brevedad por la crónica. Los nombres de los guardianes y el año de posesión son los siguientes: Luis Tortosa (1723), Francisco Mayor (1727), Juan Zambrano (1730), Manuel Camporredondo (1731).<sup>27</sup> El Guardián 54 sale electo en 1736 y se nos dicen dos o tres palabras tan sólo: una, el nombre, Diego Vivancos, natural de Mazarrón, Lector de Teología; otra, que sólo duró ahí poco más de un año, “porque a causa de un incidente fue mudado a continuar en otro convento su prelación”. Vivancos es conocido, sobre todo, por el convento de la Purísima de Mazarrón, centro mariano hoy muy fuerte en la región murciana. La iglesia conventual y el Via Crucis son huellas franciscanas inolvidables.<sup>28</sup>

Avisemos de otra síntesis reseñando a las guardianes 55-59. Sus nombres: Manuel de Flores (1737), Sebastián de Vilchez (1739), José Pastor (1740), Juan de Vera (1741) José Rodríguez (1742). Del primero citado hay que destacar en su tiempo la cantidad de fallecimientos ocurridos entre los frailes. Por una razón: con permiso del Provincial, algunos frailes enfermos, “de diversas partes venían a mudar de aires y a convalecencia”. De tono distinto suena esta nueva: se puso un buen órgano en el convento, gracias a un bienhechor muy querido, Pedro Pereti. Lo regaló por su piedad cristiana. Pedía, a cambio, oraciones para él y familia. Y por igual suena esto otro: se

<sup>26</sup> Se nos dice que este pleito se halla en el oficio de Joaquín García León, escribano.

<sup>27</sup> En el trienio del Guardián 50 ocurrió un hecho lamentable: cayó una tromba de agua en la cisterna, y corrompió toda el agua, y por muchas diligencias que se hicieron, el agua quedó para no servir. Fue preciso vaciarla toda, y en ella se halló un hilo de purísima agua. Igualmente se quebró la campana. Se repuso aumentando los kilos, de 18 a 22. Del tiempo del Guardián 52 vienen algunos arreglos en la iglesia y altares. El retablo de S. Pedro de Alcántara fue elevado, y se le hizo nicho y pedestal nuevos y se doraron. La primera estatua del santo se fabricó en Murcia. Se celebró esto con festejos, en los que colaboraron sobre todo los carmelitas y su convento de la ciudad.

<sup>28</sup> Si bien no en este caso de tercianas, en otros más graves la crónica es muy puntual en referir los fallecidos siempre con sus nombres y apellidos.

concluyó el camarín de San Antonio, y quedó el santo colocado en un trono que se labró de talla. También una nueva imagen de San Francisco se hizo en Murcia, y se colocó un cuadro del *Ecce Homo*, «todo a expensas de los bienhechores de esta ciudad y campo». Y, en fin, se sucedieron muchas reparaciones de las tapias de la huerta, y se formó una cañería descubierta para conducir el agua de la noria. De 1742 son unas terribles tercianas que asolaron el convento, en tanto exceso que solo dos o tres religiosos podían asistir al Oficio divino. Y eso que los moradores eran en torno a 40.<sup>29</sup> La guardianía 60 (año 1743) de Francisco de la Vega, predicador, natural de Antequera, es una de las más amplias. Recordemos que había renunciado el anterior Guardián, y se nombró a éste que era Maestro de Novicios. Las tercianas no cejaron, y sólo un donado (el cocinero) quedó libre de ellas. Dice la crónica que fue providencial que en medio de la penalidad de la comunidad pudiera haber quien los mantenía. Providencia de Dios. En este tiempo sucedió la venida de nuestra Escuadra después de haber dado batalla a la de Inglaterra, que quedó confusa al ver el valor de la nuestra aun siendo muy inferior, dice el cronista de turno. Once navíos españoles hicieron frente a 15 de línea ingleses, aporta. Logró este prelado desempeñar las cargas contraídas en tiempos anteriores, gracias a limosnas y provisiones recibidas. Por ello, se renovó la ropa de todas las oficinas completando lo que faltaba en ellas, en especial para la sacristía, puesto que el celo de este Guardián fue grande. En la iglesia se hizo el retablo de San Antonio. Normal, pues, que al llegar el Capítulo fuera renovado el cargo en la misma persona. De ahí que se le dé importancia a una reliquia de S. Antonio, y la custodia de filigrana para mostrarla, y cómo se consiguió esto. Entre las alhajas recibidas se cuentan dos mesas curiosas que dio el Excmo. Sr. Don José de los Ríos, Conde de Fernán Núñez y General de las galeras de España. «Era singular devoto de nuestro hábito», expresa el cronista. Singular, a su vez, fue el susto de la comunidad cuando estaban orando al final de la tarde. Se oyó de pronto un estallido tremendo, y cayeron al suelo varios frailes y quedaron otros sin sentido. La causa fue el estallido del almacén de la pólvora. En el camino a Alumbres se veía una gran llamarada, pero hasta saberse esto, todo fue desconcierto en la ciudad durante horas. En este trienio se colocó la imagen del Santo Cristo en el retablo que se puso en el lado derecho de la capilla de S. Antonio, y a sus pies se colocó una curiosa urna de cristal para la estatua de Ntra. Señora de la Piedad, tan venerada por los fieles. Se hizo todo a costa

---

<sup>29</sup> ¿¿¿ ESTA NOTA NO TIENE TEXTO ???

de un devoto llamado Juan Otazo. A éste, el Provincial le concedió licencia de poder enterrarse a los pies de ese altar.

Con el Guardián 61 (1748) nos encontramos con José Pastor, Lector de Teología Moral, ex-definidor, y que antes perteneció a la Custodia de San Pascual Bailón (Reino de Murcia). El Capítulo fue presidido por Tomás García, Calificador del Sto. Oficio, dos veces Provincial de esta de S. Pedro de Alcántara. Se empezó a reedificar la oficina principal de las provisiones del convento que padecían mucho quebranto todas ellas. Se hizo toda la tejada que viene de la noria para la balsa. Se puso segunda puerta en la portería y entre las dos un cuarto muy decente, con su reja para administrar a las personas devotas cuando se ofreciese algún desayuno, y a los que vienen del Campo en días muy solemnes darles de comer. También se hizo un portón nuevo en la portería, todo de madera del Norte tachonado de clavos de roseta. Y en el testero de las dos puertas se puso un altar todo de azulejos y frontal de ellos muy primorosos, pues rodean la imagen de Ntro. P. San Francisco en la Impresión de las llagas. Se colocó ahí mismo la imagen del *Ecce Homo*, al que creen muy milagroso en la ciudad. Y aquí llegan noticias muy interesantes: «En este trienio por el año de 1749 (a primeros de junio) se trajo la imagen de S. Antonio que estaba colocada en el camarín de su capilla, hecha por mano del célebre artífice Don Francisco Salzillo, y la antigua está en la casa de Don José Casal». Pocos meses después se hizo la imagen de S. Benito de Palermo que está en su altar. Tras citar a una serie de enterrados, se nos comunica esto otro: en el año de 1751 entró en este convento la prodigiosa imagen de San José que hizo Don Francisco Salzillo, escultor célebre de Murcia –dice el cronista- a expensas del ingeniero Pesoto, el Sr. Don José Dranova, capitán de Marina y marido de la sra. ña. Luisa Negreta. En abril de 1751 dos descalzos de este convento fueron a misionar a Orán, «con mucho fruto de aquellos fieles». Y en ese mismo día fueron capturados por los moros junto con otros cristianos, entre los cuales estaba el Guardián del convento observante de Orán. El cronista dice que se espera sean rescatados.

De los Guardianes 62-64 exponemos breves noticias. En el año 1751 tomó posesión José Vinader, y estuvo solo año y medio. Curioso lo de ese día de la posesión, porque asistieron el famoso Juan de Molina, Comisario de la Provincia, el Guardián del convento de S. Francisco de la ciudad (observante), Alonso Blanco, su hermano Juan Blanco, Lector jubilado y Custodio de la Provincia de Cartagena, y distintos Guardianes de otros conventos. El Guardián 63 salió electo en la Congregación intermedia (1752). Era José Acosta. Tras nombrar los fallecidos de ese tiempo, informa de que se ha dorado el retablo y trono de S. Antonio, y se han traído dos imágenes:

una de Sta. Margarita de Cortona, y otra de Sta. Rosa de Viterbo, gracias a la devoción de los fieles y a la solicitud del Hermano Domingo, donado profeso. El Guardián 64 (año 1754) se llamaba Antonio Zarco. Presidió el Capítulo Juan de Molina, General de toda la Orden. Como es usual vemos que el Guardián dedicó tiempo y dineros en reparar las partes que estaban en ruina, y sobre todo las que daban a la calle que «estaban horrendas al aspecto». Próxima a la ruina también estaba la enfermería por haber flaqueados sus cimientos y haberse abierto sus paredes. Se hicieron nuevos cimientos, y se levantó la pared maestra que mira a la huerta. Se agrandó la sacristía (cuatro varas más de largo), se adornó con varias láminas y dos lienzos de Jesús y María. Se hizo un cuarto al lado, que da al claustro, con el fin de que valga para Capítulo conventual (no lo había en el convento). También se enlució el claustro y refectorio, se agrandó, y se renovó el cuadro de la cena del Señor. Se enlució también el *De profundis*, se le puso una puerta, y sobre ella se ha pintado un San Antonio Abad, «para tener en memoria al celosísimo prelado que se ha dedicado a reparar, renovar y enlucir lo que de tan justicia estaba pidiendo el convento». En la capilla de S. Antonio, se han dorado los dos pabellones; uno de Cristo crucificado y otro del Padre S. Francisco. Dejó puesto un primoroso púlpito. Y noticia importante: se tomó sitio para la capilla de los terciarios, y se puso la primer piedra, con solemne bendición. Muy sentida fue aquí la muerte de José Pastor, quien fuera Guardián en 1740, como vimos páginas atrás<sup>30</sup>. Ciertamente, este trienio tuvo un Guardián celoso de lo que cumple a sus obligaciones.

Observamos, una y otra vez, que la crónica se estructura a partir de la información que ha aportado el Guardián saliente. A veces hasta hablando en primera persona toda la relación. Lo cual es un arma de dos filos. Quizás unos tienen más interés en reseñar lo hecho por distintas razones, y otros apenas lo hacen. Esto tiene que ver obviamente con la extensión de folios que cada cual rellena. El Guardián 65 lo hace en tres folios, y en primera persona habla. Es nombrado en la Congregación intermedia (1756) tenida en San Diego de Murcia. Se llama Jerónimo Gómez, Lector de Teología. Preside Antonio de Molina, de la Provincia de S. Juan Bautista, Secretario General de la Orden. En lenguaje pesimista dice el Guardián que entre cuidados que hubo, «el insoportable de mantener en un año» cuanto se refiere.

<sup>30</sup> En 1747, Pastor preside en Yecla (Murcia) el Capítulo Provincial de la Custodia de S. Pascual Bailón. Llegaba como comisario visitador de la Custodia de orden del Comisario general ultramontano P. Juan de la Torre, cf. SÁNCHEZ GIL, *Los franciscanos en la Región Murciana*, 497. Pastor era Lector de Teología, y definidor de la Provincia de S. Pedro de Alcántara.

Y cuenta, las sequías continuas, y a la vez la plaga de langosta. La descripción es más airada, porque no quedó ni una hoja de nada, ni algo que fuera de comer. «Parecía que estábamos en el mes de enero», dice. Se juntaban las muchas deudas del convento y el estar desproveídos de víveres. Y a pesar de todo, la Divina Providencia permitió ese castigo, pero también mantenerse con la mayor decencia. No fue óbice tal panorama para concluir la sacristía de los terciarios, y limpiar la noria y el pozo, porque daba ya poca agua. El tema de los terciarios alcanzó pleitos y desafecciones. Intentaron éstos por diversos medios tener capilla aparte dentro de la misma iglesia conventual. Se pidió la capilla de S. Pedro de Alcántara. Al parecer sin las requisitos necesarios, y amparados solo en una escritura del Síndico. El Guardián y la Comunidad reclamaron sus derechos. Dice irónico el Guardián que esa Tercera Orden con ser nueva en el convento parecía hija aprovechada (“que aunque tan párvula, que sólo tiene cuatro años de edad, descubrió grande espíritu de ambición, vanidad y de ninguna obediencia”). Achaca al Hermano Ministro terciario, don José Espinosa de «recio y pertinaz, por cuya causa, al presente, está la orden tercera sin leyes, ni fundamento alguno espiritual». Se resiste el Ministro con la esperanza de que cuando llegue el próximo Capítulo y se nombre otro Guardián, alcanzarán su propósito. Pedía éste ciertamente que la escritura aquella del Síndico se tuviera por nula.

En el Capítulo de 1757 salió electo Provincial un religioso al que conocemos ya: Diego Vivancos, Lector de Teología y Calificador del Sto. Oficio, dos veces Custodio de la Provincia de S. Juan Bautista de Valencia, natural de Mazarrón. El Guardián fue el mismo que ya estaba antes. Nos recuerda la crónica ahora un puñado de fallecidos en especial un hermano lego portero con mucha fama de santidad, ejemplar vida y prudencia. De este tiempo se recuerda, a la vez, la falta de agua para la tierra; y por el mar la Guerra de Francia con Inglaterra, hecho que tocaba de lleno en un Departamento militar como este. Como siempre brilló, de todos modos, la Providencia de Dios, porque hasta se pudieron pagar algunas deudas. Similar a lo hecho otras veces, resumimos las guardianías 66-69 adjuntando alguna nota. La Congregación intermedia (1759) la preside Diego Vivancos, y Guardián es ahora Ambrosio Garrido. Forman un pequeño haz los fallecidos, en efecto. Como tantas veces se reedifican las tapias de la huerta, que se hallaban por muchas partes totalmente destruidas. Lo propio se hizo con los tejados. Se fabricó una estancia en la huerta para guardar los instrumentos de labranza y de cavar la tierra. Se principió un cuarto nuevo que ha de servir para refectorio, cocina y sus oficinas correspondientes, y vivienda para religiosos en virtud de haberse planteado Capilla mayor para la iglesia, y se ha de hacer nuevo lugar común para el que ya están vaciados los cimientos. Se han hecho leyes y Constitu-

ciones nuevas para la Orden Tercera, porque no se había tenido hasta ahora «donde gobernarse y ser gobernados los Hermanos Terceros», dice crítico el cronista. Se les concedió sitio con mucha moderación para capilla, sacristía y panteón. Se nos indica que un bienhechor (Diego Cerón, comerciante de la ciudad) ha hecho a su costa las vidriera de la ventana de la capilla mayor de la iglesia, con todos los adherentes y ha dado tres farolas grandes para dar luz en los dormitorios, y ha costado todo más de 400 reales».

Observamos esto en la Tabla capitular de 1760. Diego Vivanco ha dejado de ser Provincial, y ahora lo es Domingo Madrid, Lector de Teología, exdefinidor, natural del Campo de Cartagena; y por Guardián: “yo fui continuado Guardián de este convento” (dice Ambrosio Garrido). En 1762 se celebra la Congregación intermedia, precisamente en Cartagena. La presiden Antonio Juan de Molina, Comisario de esta Familia, padre de la Provincia de San Juan Bautista, exsecretario general de la Orden. Por Guardián, se elige a Diego Vivanco, quien escribe brevemente (en primera persona, efectivamente) lo acontecido en su trienio. No se anda con chiquitas: «Lo primero que habiendo su antecesor dejado este convento en el mísero estado que consta del Libro de cuentas, y de su Inventario, al que nuestro Rvdo. P. Antonio Juan de Molina, Comisario General... le respaldó la nota de: *crecido empeño y ningunas provisiones*». Lo segundo que fue muy estéril el año pasado, y fatal en frutos. Lo tercero, que se cerró el comercio de mar por culpa de la guerra con los ingleses. Y lo cuarto, haber aumentado esta comunidad en once moradores más. Pero la divina Providencia ha mediado, y este Guardián dice haberle quitado de peso al convento, nada menos que 25.000 reales en que se hallaba empeñado. La huella constructora y la rebusca de dinero fue siempre un don de Vivanco. El Guardián 68 (Esteban Barea, Lector de Teología Moral) toma posesión en 1763. Preside Pedro Juan de Molina, segunda vez Ministro General de toda la Orden. Barea se centra, en 16 folios, en narrar un suceso de monta, sobre todo en aquellos tiempos. Parece más una novela corta, si no fuera porque se trata de un suceso totalmente histórico, y ciertamente espeluznante, que ha quedado guardado en esta crónica. Sintetizamos lo ocurrido. El 17 de noviembre de 1763 a las siete de la mañana, se dirige el P. Pina a un sagrario para dar la comunión. Ve que ha desaparecido el copón grande que contenía hostias consagradas, da la noticia a todos los del convento, y el susto es de órdago. Se da después noticia a todas las autoridades de la ciudad (al Sr. Conde de Bolognino, Gobernador de lo político y militar de la plaza), al Sr. Alcalde, al Prelado y al Intendente General de Marina. Comienza la búsqueda y captura por toda la ciudad, y después por todo el Reino de Murcia. La crónica narra que el Sr. Vicario de la ciudad (Juan Lambertos) «estuvo muy remiso en escribir



dando cuenta de ello al Sr. Gobernador del Obispado». Se montaron muchas plegarias, rogativas, procesiones, sermones, participando todas la Cofradías, los conventos y cantidad de fieles durante días y días por toda la ciudad en desagravio de tal sacrilegio. Se cuentan todo al detalle. Al fin, llegan noticias de que ha aparecido el copón y las formas (eran infundadas aquéllas), pero al cabo de un tiempo apareció el culpable en Totana (Murcia). Se llamaba José Ramón de Arias, natural de aquel pueblo y vecino de Cartagena. Enseguida, el repicar de campanas y los Te Deum se sucedieron sin cesar. Había ido el ladrón a venderle a un platero un pedazo de plata, y así se descubrió él mismo. Traído a Cartagena fue condenado a la horca. Pero su cuerpo fue pedido por los frailes descalzos para darle digna sepultura y está enterrado en la iglesia. Buen argumento para una película con final ejemplar a costa de frailes franciscos. Ante los Guardianes 69-72 mantenemos la hechura de relatos más salientes. En 1766 sale electo Provincial Jerónimo Gómez que unos años antes fuera Guardián de este convento de Cartagena, y toma posesión ahora de la guardianía Felipe Molina. Renunció pronto y fue elegido en su lugar Antonio Martínez, natural de Cieza. A partir de 1769 se multiplicó la epidemia de las fiebres tercianas en la ciudad y Campo, pero donde más se extendió fue en los barrios inmediatos al convento de S. Diego. De 53 religiosos, sólo el cocinero se salvó de las fiebres. En este trienio quedó habitado el dormitorio bajo de la obra nueva. Con el prelado anterior se habían habitado siete celdas de la mano derecha y el lugar común, con éste, las de la mano izquierda. Se recibieron dos beneficios de parte del Cabildo Secular en 1769: uno, fue conceder una fuente de agua dulce permanente para el abasto de la comunidad, sita en el jardín del convento; otro fue ceder un solar que había inmediato al compás, «el cual sitio se introdujo dentro de su ámbito, dándole diez varas de latitud». Por culpa de las lluvias, hubo que purificar el agua de la cisterna, y limpiarla varios días (habían pasado 21 años sin limpiarla). El año 1769 fue elegido Papa Clemente XIV, franciscano conventual. En señal de alegría se cantó el *Te Deum* y se adornó toda la iglesia con colgaduras, láminas, cornucopias y muchas luces. Sobre la puerta se colocó un precioso dosel con un retrato del Papa. Se coronó la fiesta con castillo de fuegos artificiales, y fue mucha la gente que asistió a la función. En el Capítulo de 1769, el Guardián fue continuado en la prelación hasta que se hizo la siguiente Congregación. Las enfermedades tuvieron una pausa en ese año y medio; se aumentaron los trabajos de los arsenales militares, y consiguientemente las limosnas al convento. De ese Guardián se dan alabanzas, tanto a su trabajo como a su carácter suave. *Siempre se inclinaba a la benignidad con todos*, se nos comunica. Se pusieron dos grandes puertas al compás, por influjo del Gobernador de la ciudad, don Carlos Regio.

Se fabricaran aquéllas con limosnas particulares. También se colocó en una esquina a la derecha del compás un nicho y en él un lienzo de la Virgen de la Soledad. Y aquí una noticia de urbanismo: a principios del año 1771 hubo grandes diferencias entre la Corte de Madrid y la de Londres. Por lo cual “se hicieron por orden del rey grande preparativos de guerra en la ciudad; se construyeron varios fortines, entre ellos uno a espaldas de nuestra huerta en la ladera septentrional de la montaña, que está en el recinto de nuestras tapias por su parte occidental”. Sin preceder aviso al Guardián, el Gobernador dio orden de romper la tapia de la huerta, entraron y desbarataron las paredes, y se llevaron la piedra para construir el fortín. En tiempos de guerra, los gobiernos pedían pocos permisos, según se ve.

En la Congregación intermedia (1770) se elige como Guardián a Blas López. Al día siguiente presentó la renuncia, pero no le fue aceptada, «cargándose con los muchos cuidados que tiene consigo la prelación», se nos dice. Las razones se dejan entrever, puesto que se habla ahí del *insoportable peso* de mantenerla (la prelación) no sólo en el pasto espiritual, sino en lo temporal en unos tiempos estériles de la peor clase. Se nos expresa, sin embargo, que el prelado trabajó infatigablemente *en los oficios de Marta y María*. De hecho, se narran aquí muchas de sus obras. Entre ellas la de retocar y dorar la imagen de S. José, de Salzillo. También se doró el retablo del santo. En su tiempo, se tomó para fábrica de la muralla del rey, un pedazo de la huerta, y se levantaron para su custodia por la parte de afuera, cientos de varas de tapia de bastante fortaleza; y por la parte de adentro quince varas con sus puertas. Igualmente, se colocó un primoroso púlpito de cedro en el cuerpo de la iglesia. Prosiguen de nuevo las alabanzas a los desvelos del Guardián. ¡Cualquiera sospecharía que había renunciado a las primeras de cambio en su día! Se explica, pues, que en el Capítulo tenido después fuera reelegido. De peor calaña fue lo ocurrido con el hermano lego que salió a pedir limosna de trigo por los alrededores de Lorca. Le robaron 5.863 reales y le maltrataron después.

Salvador Molina se llamaba el Guardián 72 (Congregación de 1773). El año siguiente fue muy «escaso de granos por las pocas lluvias». Y al otro siguiente fue más abundante'. La escasez de todos modos, llevaba aparejadas continuas rogativas, y hacer penitencias para conseguir de la divinidad el rocío del cielo y que se regaran, aunque tarde, los campos. El Capítulo Provincial normalmente confirmaba en la Tabla como Guardián a quien había sido nombrado en la Congregación. Y tal ocurrió ahora. En junio salió de este puerto una expedición notable contra Argel, mandada por el Conde don Alejandro de O'Reily, Teniente General con cerca de 500 naves de guerra y transporte, y más de 25.000 hombres de tropa de tierra y marina.

Como es sabido, tal expedición fue un desastre. Y así es vista por el cronista. El año 1776 visitó el Provincial el convento, y contrajo la enfermedad de las tercianas. Estuvo aquí cuatro meses, pero también le llegó la enfermedad al Guardián, al Presidente y a 30 religiosos. Una buena noticia, al fin: al concluir el mandato del prelado quedó una buena cantidad de limosna pecuniaria en el convento. Agustín Jordán se llamaba el Guardián siguiente (en 1776). Al encontrar el convento con buen pie, principió a seguir las obras. «No paró de obrar diariamente —expresa— hasta que se fue a Capítulo (1778). En los 16 meses y cinco días se lograron muchas reformas. Damos unas cuantas: se levantó desde los cimientos la caballeriza; se elevó el compás con diez grados por igual; se hizo nuevo Vía Crucis; por diversas obras quedó el compás nueve palmos más llano que estaba; se empedró éste de nuevo haciendo desde los cimientos toda la parte nueva que mira a la parte de Levante, se ensanchó tres varas el compás, quedó hecho un perfecto cuadrilongo. Se derribó la sala de la campana, que amenazaba ruina, y se techó ese ámbito, que era el espacio del frontis hasta el segundo arco de la iglesia; se formó el torreón y colocó la campana en mejor disposición; se principió la capilla de los Terceros; se hicieron obras para reforzar el claustro bajo. Observemos que en obras de albañilería se gastaba el dinero anterior, especialmente. Explicable que fuera reelegido como Guardián. En mayo del 1778 le enviaron un decreto suspendiendo el Definitorio las obras de los Terceros. Y que siguiese la capilla de éstos, pero sin extenderse a más terreno que el concedido. Larga polémica la del convento con los Terceros, desde tiempo atrás. Se ausentó el anterior Guardián, y entró el siguiente, Antonio Aguilera, Maestro actual que era de profesos. Actuó como *presidente absoluto*, que tal se decía en el argot conventual. Murieron en este tiempo un puñado de frailes; algunos de ellos predicadores, como sucedía corrientemente. Se nos dice que la guerra con los ingleses y no ser las cosechas abundantes prometían escasez en las limosnas, pero el Señor de las misericordias siempre proveyó a la comunidad. El guardián siguiente (en 1783) era Joaquín Morales, Lector de Teología y actual Maestro de Coristas. Hizo muchas obras que constan en el Inventario que se remitió al Capítulo. Logró que la comunidad gozara de perfecta salud, a pesar de haber muerto algunos frailes. Se resalta de estos últimos un hermano lego (Francisco Albacete) de ejemplar vida, que sobresalió en la virtud de la paciencia, ya que sufría mucho en la cama lleno de llagas. Durante la Congregación Intermedia se hicieron las paces entre España, Francia e Inglaterra. Se habían visto muy alteradas tiempo atrás en mar y tierra. En 1783 se dirigió una grande expedición contra Argel. Siempre el puerto cartagenero era un sin vivir en estas operaciones. Fue mandada por el célebre marino Antonio Barceló, con 130 buques de guerra,

los más preparados para bombardear aquellas plaza. Aunque fue grande la ofensiva, sin embargo, por culpa de los vientos hubo de retirarse Barceló y su tropa. La Marina española en el siglo XVIII, y menos después, no destacó precisamente en triunfos de batallas. Obviamente, el cronista franciscano se guarda esa opinión, y habla más del gran valor de los españoles. Por otra parte, en el Capítulo Provincial de 1784 fue reelegido el mismo Guardián, «que desde luego se aplicó a las obras, reparos y aumentos del convento con la misma actividad que en el antecedente año y medio». Se colocó un órgano nuevo, y vinieron los organero en julio de 1785, pero fue tal la epidemia de tercianas en ese año que acometidos los cuatro organeros de las fiebres, tuvieron que volver a Orihuela, de donde procedían. Fue esta epidemia una de las más célebres en Cartagena. *Embistió*, dice el cronista, contra el convento y llegó a extremos inauditos. Comenzó por el prelado Presidente, hermanos coristas, legos, donados (que son los que debían hacer el oficio de enfermeros), y fue necesario que lo hicieran los predicadores, quienes también fueron cayendo de inmediato. Se asistían como podían los unos a los otros. Pero no era suficiente. Hubo que salir a pedir ayuda a los soldados suizos del Regimiento de Voruter. Se tuvo que recurrir, empero, también al Provincial para que proveyese de socorros. Y así fue: vinieron frailes de Murcia, Totana, Lorca y Mazarrón. La lista de enfermos y muertos es larga, y ocupa un folio de esta guardianía.<sup>31</sup> Tras varios meses de desgracia, en febrero de 1786 empezó a calmarse, pero apenas se podían hacer los actos de comunidad, como era el Oficio divino. Por supuesto, los gastos fueron crecidos debido a las enfermedades, a los achaques en la ciudad, y a la dificultad de recoger limosna. El Guardián 76 era natural de Totana y se llamaba Diego Camacho. Todo el estrago referido de meses anteriores, dejó una herencia dura a este Guardián en el invierno en que tomó posesión de su cargo. A pesar de todo, sólo dos religiosos murieron. En marzo se estrenó, por fin, el órgano nuevo, el día de San José. Tenía seis registros, pero con espacio para poder añadir más en un futuro. Tiene interés el cronista en reseñar que dentro de tanta calamidad, el problema del agua de beber era un añadido, pues sólo se tenía la de lluvia y aljibe, y la poca del jardín que no era muy dulce, y encima con las obras de la muralla del rey que reseñamos atrás, se había perdido el pozo de la huerta. Se decidió abrir un nuevo pozo. Hasta cuatro se habían abierto en el convento. Escribió el Guardián un memorial al Rey en ayuda de este tema. Tenía el prelado un hermano en la Corte, que era

<sup>31</sup> Cf. F. CASAL, «Dos epidemias de peste bubónica en Cartagena en el siglo XVII (1648-1676) y una terrible de paludismo en 1785», en *Murgetana* 2 (1951) 37-92.

Arcediano de Talavera, dignidad de la Iglesia de Toledo y confesor del Príncipe de Asturias don Carlos de Borbón. Se consiguió tal, y llegó el despacho al Coronel de Ingenieros de la ciudad, el conocido Mateo Vodopich. Sobre la aventura de ir haciendo catas en la huerta como obras del Rey hasta encontrar un final feliz se ocupa todo un folio. Muy interesante. Pasados unos pocos años vuelve (en 1787) Joaquín Morales como Guardián. Al anterior, Camacho, lo eligieron Provincial. En su tiempo llegó una orden de la ciudad de que se hicieran procesiones de Rogativas por el agua. El Jesús Nazareno, de los dominicos, salió en esa procesión durante ocho días seguidos.<sup>32</sup> Cumplido el mandato del Guardián, llegó aquí con tal cargo Antonio Armengol, natural de Cartagena (1790), por renuncia de Salvador Pustela. De este tiempo sólo se señalan unos pocos fallecidos. Renunció Armengol, y ocupó su puesto Blas López (en 1791). Tomemos nota: «Y aunque debía el convento 15.000 reales de vellón», cumpliendo con el sustento decente de los religiosos, se pagaron 3.000 en enero de 1792, y consiguió el Guardián antes de llegar a Capítulo, pagar los 12.000 que faltaban., y provisiones de atún a pesar de los malos años. «Todo se debe a la infinita misericordia de nuestro Dios... y al infatigable celo de nuestro prelado», dice. En verdad, había tomado el insoportable peso de mantener este convento en lo espiritual y en lo corporal. Fallecieron varios, y se señala a Juan Chinchón, capellán de la Real Armada, quien viniendo de La Habana en el buque Sta. Rufina, unas calenturas ardientes, en cinco días acabaron con su vida. Fue sepultado en el mar. También se celebraron en este tiempo las fiestas de la beatificación del descalzo Andrés Hibernón. Y las narra con detalle. Dio aviso el Guardián a los dos cabildos (secular y eclesiástico) y de seguida se aprobó hacer repique general de campanas. Después, se presentó memorial de parte del convento a esta ciudad y cabildo eclesiástico para que cada uno eligiera un día de función. La ciudad el día primero. El cabildo eclesiástico ocupó el tercero. Se reservó el segundo para el Señor Gobernador, ya que parecía que en esmero, y eficacia le hacían acreedor entre otros devotos. Antes de las fiestas, se enlució la iglesia, el frontis de la puerta y el compás, se pintaron los

---

<sup>32</sup> CASAL, *Historia de las Calles*, 491, cuenta que en 1789 se hacían las fortificaciones de la Puerta de S. José. El ingeniero militar para terminar la rampa contigua a la Muralla, pidió permiso al Ayuntamiento a fin de quitar del ámbito de S. Diego, las imágenes de S. Isidoro, S. José y la Purísima que estorbaban el paso de la Artillería, de la tropa y carruajes. Añadía el ingeniero que si el Patronato de S. José pertenecía al Conde de Fernán Núñez, éste vería bien hacer el traslado de las imágenes. Éstas se habían hecho a expensas del Conde. Recordemos que se colocaron en 1746. Al fin, fueron las tres puestas en nichos en la Puerta de S. José.

frisos de azul celeste, se hizo la imagen del santo, con aureola de plata la Purísima y el beato. Se imprimieron esquelas de convite, carteles de las fiestas, con infinidad de ejemplares de la bula de beatificación (*que dio nuestro síndico*, añade). Y miles de estampas se grabaron y se repartieron a todos los vecinos. Colaboraron éstos a ayudar para los gastos, pero el que más lo hizo fue nuestro síndico. De este modo pone su fin la crónica (o crónicas, según hemos visto). Sin embargo, al final de los folios unas escuetas notas de guardianías muestra de la 80 a la 91, ambas inclusive, y los nombres, desde ese final de siglo XVIII que hemos relatado hasta 1828.<sup>33</sup>

### 3.- SU INTERÉS RELIGIOSO, HISTORIOGRÁFICO, SOCIAL Y LOCAL

En vista de la brevedad de espacio a que estamos comprometidos, contestamos este parágrafo a guisa de conclusiones. La síntesis manda.

1.- No es obra de un cronista único, ni especialista. Más bien es obra de cada Guardián (lo escribe él mismo, con frecuencia o manda hacerlo a otro), con el fin de presentar esto de cara al inmediato Capítulo Provincial.

2.- Eso quiere decir que unos Guardianes son parcos, por diversas razones; y otros, en cambio, explícitos, también por varias razones, unas religiosas y otras de intereses a fin de que se note lo hecho.

3.- Y tanto unos como otros tienen seguro que en la Curia Provincial se conoce el Inventario y el Libro de Cuentas, en el Archivo, donde se puede investigar cada Guardianía por las autoridades provinciales (Provincial, Custodio, Definitorio). De ahí que se remita al Inventario más de una vez, en la crónica, ahorrándose describir detalles.

4.- Al releer estos escritos, tan repetitivos, surge la pregunta: ¿qué importancia tiene un manuscrito como el presente? Lo primero que habría que citar es su rareza, porque se ven pocas crónicas de este estilo. No han perdurado, porque las revueltas históricas en España (guerras, invasiones, desamortización, etc.) nos perdieron escritos a mansalva. A través de los

<sup>33</sup> Referimos sólo sus nombres: Antonio Vivas, natural de Cartagena; Francisco Muñoz; Francisco Peraleja, natural de Lorca; Juan Carrillo, de Alcantarilla; Patricio Ordoño, exdefinitor, de Murcia; Tomás Gaitán, de Murcia; Joaquín Enamorado; Juan Navarro, de Lorca; Miguel Mascaret; Juan Navarro, de Lorca (renunció en el acto de toma de posesión), Pedro de Alcántara, de Lorca, Pedro de Alcántara Cano, de Lorca.

que quedan, por tanto, podemos reconstruir cómo eran estos documentos locales.

5.- Su interés, por cierto, no es sólo local. Basta observar aquí muchas veces la lista de Provinciales habidos, del Visitador provincial, los cambios de Provincias descalzas que surgen. O, en fin, el urbanismo en una ciudad portuaria militarizada, habida cuenta que el barrio de S. Diego se va habitando cada vez más como es demostrable, merced a los abundantes planos que existen en Simancas y en otros archivos.

6.- En el caso de Cartagena, además, muchos acontecimientos que parecen locales, enseguida se ve que son nacionales o internacionales, dada su resonancia. Por ejemplo, si hablamos de figuras militares y guerra, bien con el Norte de África, bien con Inglaterra, bien de Secesión. O por ejemplo, respecto a las enfermedades, pestes, tercianas, e historia de la demografía de la muerte. Y si faltaba algo, de invasiones de langosta. Las descripciones apocalípticas, y la geografía de la muerte se cobran páginas inquietantes en esta crónica.

7.- Dígase lo propio acerca de hambrunas, malas cosechas en la nación, esterilidad de los tiempos, problemas de agua de beber, y regar.

8.- Y, por tanto, de Rogativas por doquier, procesiones, súplicas a los cielos. Una religiosidad popular que tiene muy clara esta teología: Dios es providencia, nos da lo primero necesario (comer y beber), pero no quita que se vea el hambre como azote de Dios por nuestras culpas. Que ya es bastante.<sup>34</sup>

9.- Puede dar la crónica la impresión de que corresponde a un Guardián clásico ser maestro de albañil, o arquitecto, o contable. Tantas tapias de huerta hay que reparar y tanta fábrica de iglesia y del convento hay que ir construyendo y reconstruyendo, que no parece hacer otra cosa el prelado. Se habla poco de espiritualidad ahí, salvo cuando se citan algunas vidas ejemplares, en especial de algunos hermanos legos. Es esta ejemplaridad de los hermanos legos una ancha tradición entre los frailes y entre los mismo

---

<sup>34</sup> «Expresión genuina de la piedad popular vinieron a ser las devociones, procesiones y peregrinaciones frecuentemente animadas por las hermandades o cofradías que de nuevo florecieron. Nueva era en esta piedad postridentina el recalcar las doctrinas y formas de culto especialmente católicas, el tomar carácter antiprotestante y hacerse así piedad confesional», H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, t. V, Barcelona, Herder, 1972, p. 766.

seglares. El hermano lego tiene imán, por su sencillez teológica y su pobreza de vida, evidente.

10.- Ese punto anterior explica por qué la economía es tema puntual, serio, de referencia en la crónica. Un tanto por ciento alto de ésta tiene que ver con la economía de andar por casa, y por de fuera, con tal de aprovechar las ocasiones.<sup>35</sup>

11.- Con frecuencia salen por aquí parrafadas utilísimas para el urbanismo conventual, de cara a la vida interna (huerta, claustro, altares), o bien con cara más externa (protagonismo del compás, del viacrucis del compás, del otro camino del Calvario en Sta. Lucía). Compás que rememora los antiguos atrios de las iglesias

12.- Interesante para el arte y la piedad parece saber qué imágenes y qué advocaciones son más fuertes, o más visibles, al menos. A veces, ese interés artístico sube de tono, al encontrarnos dos imágenes que se le encargan a Francisco Salzillo. El San Antonio no sabemos dónde iría a parar.<sup>36</sup> El San José sigue en la actual parroquia de S. Diego, muy admirado por el público. A veces una crónica depara la casi única fuente y confirmación de que una imagen es de éste o estotro artífice. Aquí lo vemos.

13.- La monotonía de una crónica de esta laya es irremediable, pero nos permite comprobar que actúa como una falsilla. Tan evidente ésta, que cuando llegan tiempos, muchos y malos para la supervivencia, sin embargo, salta siempre una loa a la divina Providencia que nos salva. Convicción omnipresente.

14.- Las varias renunciadas a Guardián que vemos (una ni siquiera es admitida) indican el valor (y la santa obediencia) que había que poner en juego para aceptar el mandato, sobre todo si te tocaba tras una o dos guardianías

---

<sup>35</sup> Es explicable que en agosto de 1737 el Guardián escriba que «todas las funciones solemnes de la Concepción y Ánimas, celebradas por las Galeras y Navíos se han hecho siempre en aquel convento y que los religiosos de él han tenido la costumbre de confesar su gente y tripulación y galeotes, siempre que se han hallado en aquel puerto». Pide el Guardián que se expida Real Orden para que se fijen dichas funciones en su convento. *Do ut des*, si hay necesidades, y más si eres mendicante, en efecto. Véase Archivo General Simancas (AGS), *Secretaría de Marina, Leg. 710*.

<sup>36</sup> Para saber el paradero de algunas imágenes tras etapas aciagas de nuestra historia, véase E. CAÑABATE, «Bosquejo histórico del convento e iglesia de San Isidoro, orden de Sto. Domingo», en *Murgetana* 16 (1966) [pp.....?].



anteriores ruinosas (fuera o no por culpa del Guardián de turno). Los descalzos eran pobres. Significaban una vuelta de tuerca más en el ideal franciscano.

15.- Aunque con el tiempo, el estilo y preocupaciones no diferían demasiado de un convento franciscano observante.

16.- La crónica también nos permite ver los dimes y diretes de las Provincias, a la hora de las divisiones territoriales. Ya advertimos que por más que se diga que algunas Provincias (o Custodias) se repartieron conventos sin una discusión en la boca, esto parece un tanto sublimado. A la vista tenemos cómo o por qué en la Custodia de San Pascual Bailón no entró Cartagena, y se la quedó la Provincia de S. Juan Bta. de Valencia. Y por si era poco advino la Provincia descalza de S. Pedro de Alcántara (de Granada y Murcia), y tampoco la de Valencia quería soltar el convento de Murcia, y costó no poco que pasara a aquélla. Repitamos otro tanto del convento de Cartagena. De ahí lo interesante de observar a algunos frailes importantes, como Diego Vivancos (natural de Mazarrón), que se pasa de S. Juan Bta. a San Pedro de Alcántara, como si fuera lo más natural, y no ocurre en otros, sin embargo. En confluir todos a una, o proseguir en separaciones históricas hay mucho que contar, aun todavía hoy.

17.- La ancha relación del convento con grandes figuras de Marina, y que algunos de estos Generales de Galeras favorecieran tanto al convento es punto que habla por sí solo del prestigio de los descalzos. A su vez, explica también cómo, cuándo y con qué medios se edificaban los conventos. La alta burguesía y la Corona ponían su semillero, y las razones que mediaban para esto eran siempre muchas. Tenía que ver con un modo de comprender la religiosidad de la época, con la asistencia de los bienhechores, y con una mayoría que lo aplaudía.<sup>37</sup>

18.- Esa relación, pero con otros signos diferentes, se refiere también a la poliarcética en una ciudad como Cartagena, ciudad inexpugnable durante

---

<sup>37</sup> J. PÉREZ, *La España moderna*, 203, escribe. «Fue por parte de las autoridades oficiales del Estado una política deliberada que tendió a propugnar un catolicismo de masas, y que conforme se avanza en el siglo se hizo más y más cerrada a las innovaciones y a las inquietudes religiosas. Esta tendencia produjo una élite de santos y místicos, pero también favoreció la difusión de una devoción rutinaria en el pueblo cristiano. Así se llegó a cierto nivelamiento religioso, a un igualitarismo riguroso vigilado por un clero más preocupado por la unanimidad en la fe que por la intensidad de la misma, a la democracia frailuna de que hablaba Unamuno».

siglos. *Defensa y ofensa* señalaba a veces al sitio del convento temiendo una invasión externa, o una ganancia de ubicaciones del enemigo si triunfaba éste. De ahí que tuviera el convento que soportar injerencias militares. El puerto, además, fue puerta de entrar y salir para muchas guerras. Cuestión que aflora en la crónica. Lo local, pues, no era sólo localismo.

19.- El relato compacto donde se cuenta el robo del copón y las hostias consagradas, por sí sólo, es una narración corta que sirve al estudio de una mentalidad extendida, y hasta sorprendente caballo de batalla entre el hambre, el sacrilegio y la *neura* del detenido y ahorcado luego; y entre el pasmo ante el culto al Smo. Sacramento, los desagravios en torno, y la admirable actitud, de parte de los descalzos, de enterrar al ladrón en sagrado.

20.- Asistimos al cuidado de la librería conventual y al modo de conciliar pobreza y a la vez estudio. Se observará la lista de *predicables* que se acogen. Casi siempre los lotes de mayor número. Señal del amor al púlpito y la necesidad de éste como medio de adoctrinamiento. Los Guardianes Jaimes, Durán y otros, y los donantes como Bartolomé de Castro son un ejemplo entre varios.<sup>38</sup>

21.- Resulta también de interés, la geografía de las vocaciones. Siempre se nos dice de dónde es cada Guardián, como si fuera una señal de identidad. Por ejemplo de los 91 Guardianes referidos un tercio es de capital (Granada, Valencia, Murcia), y un sexto de ciudades y pueblos. En general pueblo de Murcia, Levante andaluz y cercano a Granada componen un cuadro abundante. La extracción de vocaciones no nos aporta otros detalles sobre su ámbito, familias, y orígenes.

22.- Al final, vuelvo a la pregunta de marras: ¿aporta esta crónica algo a la historiografía religiosa y civil? Como yo creo que sí, incito a que se lea lo recogido, que es materia de primera mano. ¡Loados sean los manuscritos conventuales!

---

<sup>38</sup> No ocurría de modo muy distinto en otras bibliotecas de descalzos, que han sido estudiadas, véase A. ABAD PÉREZ, «La biblioteca del convento del Calvario de Salamanca», en *AIA* 138 (1975) 215-51.